

POR LA IGUALDAD Real, Tú CUENTAS...



II CONCURSO DE MICRORRELATO Y RELATO CORTO



NOS
IMPULSA



Depósito legal:
S 106-2024

II CONCURSO DE MICRORRELATO Y RELATO CORTO
“Por la Igualdad Real, Tú Cuentas”

©
Ayuntamiento de Salamanca

©
Textos:
Las personas autoras

©
Cubierta, ilustraciones y maquetación:
Gloria Hernández Serrano

Depósito Legal: S 106-2024

Impreso en Salamanca
Por Gráficas Lope, S.L.
Abril de 2024

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de los editores.

POR LA IGUALDAD Real,
Tú CUENTAS...



**II CONCURSO
DE MICRORRELATO
Y RELATO CORTO**

PRESENTACIÓN	13
MICRORRELATOS	15
ALDONZA. Alberto Palacios Santos (Primer Premio)	15
MALETAS VACÍAS. Victoria Rico Román (Segundo Premio)	15
OYE, SIRI... Jesús Pérez Naranjo (Tercer Premio)	17
1988. Paula Hernández Burguete	17
APRENDIZAJE. Elvira Rivas Moríñigo	18
APUESTA. Jorge Juan Codina Ripoll	19
BESOS EN LAS MEJILLAS. Noelia Gómez Ruíz	20
CUARENTA METROS CUADRADOS. Esther Bengoechea Gutiérrez	21
EL ARTE DE PREGUNTAR. Paula Cantera García	22
EL CLUB DE LAS POETAS VIVAS. Juan Molina Guerra	22
LA ESCUELA. Federico García Fernánd	23
LA PUERTA DE SU LADO. Esteban Torres Sagra	24
LAS VOCES CRUENTAS. Juan Andrés Moya Montañez	25
MENSAJE AL PASADO. Rosalía Guerrero Jordan	25
RURALES E IGUALES. Fátima Chamorro Merino	26
¿QUÉ PASÓ CON BLANCA?. Inca Ripoll Ribera	27

CURSO AVANZADO DE DEMOLICIÓN. Héctor Ortega Giménez	28
EL VELO. Paula Cañas Frías	28
CAMBIAR LAS REGLAS DEL JUEGO. Adriana Rodríguez Bueno	29
MI HERMANO MAYOR. Jose Ignacio Guerrero Vara	30
NUESTRA HISTORIA. Ernesto Tubía Landeras	31
DEFECTO DE FÁBRICA. Nuria García González	32
NO ERES TU, NI SOY YO. Ester Marugan domínguez	33
TECHO DE CRISTAL. Juan Carlos Pérez López	33
MUJER PÁJARO. Alberto De Frutos Dávalos	34
DECÁLOGO DE DESEOS IMPOSIBLES (MÁS UNO POSIBLE) PARA NO ESCRIBIR UN MICRORRELATO. Javier Izcue Argandoña	35
EL ALETEO DE LA MARIPOSA. Jesús Navarro Lahera	36
LOS FUSILADORES POR LA CALLE AMARILLA. Miguel Ángel Ríos Padilla	36
ARTE Y PARTE. Silvia Oller Jurado	37
ARTÍCULO 36. Daniel Zarate Rodríguez	38
EL AMOR DE SU VIDA. Sara Herranz Isidro	39
OLIVERA Y AZEBUCHE. Carmen Álvarez Hernández	40
RUTINAS. Marta Fornes Porta	40
DE PRINCESAS Y VILLANOS. María Esther Zarate Moya (Edición 2022)	42
MERCEDES. Gretell Leyva Salazar (Edición 2022)	42
CUÉNTAME UN CUENTO. Tomás García Merino (Edición 2022)	43

RELATOS CORTOS	47
GOTAS DE SUDOR Juan Carlos Pérez López (Primer Premio)	47
ESPACIOS. Gloria Fernández Sánchez (Segundo Premio)	50
NOS SOBRAN LOS MOTIVOS. Montserrat Espinar Ruiz (Tercer Premio)	52
QUÉ MÁS QUISIERAN ELLOS. Manuel Laespada Vizcaino	55
SUEÑOS DE PAPEL. Ángel Silvelo Gabriel	58
ESBOZO DE DISCURSO. Esteban Torres Sagras	61
EL FUTURO YA NOS ALCANZÓ. David Herrero Sánchez	65
MONSTRUOS. Libertad Blanco Velasco	68
RESGUARDO. Jorge Saiz Mingo	70
EL JOVEN ESQUIROL. Laura Vizcay Nespral	73
VERBO GRITAR. Lourdes Aso Torralba	77

PRESENTACIÓN

La visibilización y sensibilización de la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres y contra la violencia de género en todos los ámbitos de la sociedad es fundamental y constituye una apuesta primordial para el Ayuntamiento de Salamanca.

Nuestra ciudad cuenta con una gran red para impulsarla liderada por la Casa de la Mujer 'Clara Campoamor', sede del Centro de Información y Asesoramiento a la Mujer y de la Escuela Municipal de Igualdad, desde donde se trabaja para alcanzar este objetivo. Precisamente, el pasado mes de diciembre fue galardonada por la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP) en el marco de la VIII edición del Concurso de Buenas Prácticas Locales.

Los textos ganadores de la II edición del Concurso de Microrrelatos y Relatos Cortos 'Por la igualdad real, tú cuentas', junto a otras obras que, por su calidad literaria, han sido seleccionadas por el jurado y que se recogen en estas páginas, plasman a la perfección el principal objetivo del certamen. También ponen de manifiesto la calidad y la gran acogida de esta iniciativa en la que han participado alrededor de 150 personas.

Estos trabajos no solo promueven la expresión artística y literaria, sino que también fomentan la reflexión, invitan a la observación de la realidad diaria y ponen de manifiesto el compromiso con la igualdad real y efectiva de los salmantinos.

Espero que esta publicación sea un aliciente para seguir avanzando en este propósito de erradicar las discriminaciones existentes entre hombres y mujeres y poder transformarlas en actitudes y relaciones más sanas e igualitarias entre la sociedad salmantina.

Carlos García Carbayo
Alcalde de Salamanca

MICRORRELATOS

ALDONZA. Alberto Palacios Santos (Primer Premio)

Ahora que me queda poco apuntad, don Miguel, mis aventuras y desventuras, que de aquí sacaréis una de esas novelas ejemplares que tanto gustan a vuestros lectores. Contad mis hazañas, explicad como, animada por los libros, un buen día tomé la cabalgadura y salí al mundo a luchar contra las injusticias.

Cambiad los nombres que deseéis, no me importa, pero no dejéis de contar mis contiendas, aunque muchas de ellas dieran con mis huesos en la tierra y con mi cuerpo dolorido, porque habéis de saber, don Miguel, que a las mujeres también nos duele cada caída, cada derrota justa o injusta, cada batalla perdida.

Seguro que a todos los que lean mis tristes gestas les hará gracia el episodio de los molinos, no lo desmintáis pues a las gentes les aterroriza la verdad. Y para que nadie os acuse de subversivo o de que tenéis exceso de imaginación, contad, como si fuera producto de la locura, mi deseo de felicidad y mis ansias de libertad. Estoy segura de que vos, que sois el mejor escritor en castellano, sabréis jugar con las palabras y darle forma de comedia a mis andanzas por las tierras secas de Castilla.

¡Y cambiadme el nombre por el de un varón!, nadie querrá creer en nuestro siglo que una dama, por muy loca que esté, se atreva a salir de casa a cambiar el mundo.

MALETAS VACÍAS. Victoria Rico Román (Segundo Premio)

El día que Clara pronunció la palabra todos enmudecieron. No se había vuelto a oír en aquella casa desde que se fue la tía Encarna. Nadie sabía por qué. Los más viejos creían que se debía a que la había encerrado en su maleta roída, que la acompañó a la estación y, luego, quién sabe dónde...

Pensó que aquello no estaba bien, pero aun así gritó una y otra vez aquella palabra prohibida, que se había llevado a su tía muy lejos y que ahora la despertaba a ella cada noche. Las sombras de la casa ignoraban cómo había podido escaparse de la maleta de la tía Encarna y recorrer distancias y paisajes sin que su eco la delatara. Oyó sus pasos. Eran inconfundibles. Siempre calzaba aquellos modelos antiguos de zapatos, que parecían hechos para bailar claqué y no para caminar por la memoria. Había regresado de su exilio con la maleta ya vacía. En la penumbra, tomó su mano y susurró algo que sólo ella pudo oír.

Clara tomó su diminuta maleta y salió a la calle. Sus pasos eran latidos que golpeaban el adoquinado como latigazos. Sólo miró atrás una vez para contemplar cómo se abrían todas las puertas del pueblo y salían cientos de siluetas que la seguían, arrastrando maletas de diferentes tamaños.

Volcaron su contenido en el centro de la plaza hasta formar una montaña de palabras mudas que, aplastadas por su propia pesadumbre, se desintegraron, dejando un reguero de maletas vacías.



OYE, SIRI... Jesús Pérez Naranjo (Tercer Premio)

Todo el mundo ha oído su voz.

Quizá te indicó una dirección, te marcó los restaurantes más cercanos a tu posición, incluyó en una lista de reproducción la que hoy es tu canción favorita, ha encontrado el vuelo de tus próximas vacaciones o simplemente te ayude a saber que puedes recurrir a ella siempre que la necesites, que no estás sola. Son algunos de los casos en los que nos ha brindado una solución, auxilio o remedio. Pero, ¿qué hay de sus problemas?

Porque ella es algo más que la voz de un asistente personal virtual de última generación. Tiene sueños, deseos, emociones y, por supuesto, necesidades. Jamás le ha temblado la garganta durante los miles de locuciones que ha grabado, pero lo hace cuando piensa en reclamar algo más que la mitad del salario mínimo legal. ¿No es suficiente que con su voz aporte consuelo a millones de personas para tener en cuenta el verdadero valor de su mérito?

Los estudios revelan que el género más adecuado para una aplicación auxiliar es el femenino por la naturaleza animal del ser humano. Atendiendo a la biología materno filial, la voz de una mujer transmite seguridad y, ante todo, calma. Por tanto, el proceder más lógico habría sido impulsar la promoción de mujeres hacia puestos de dirección y responsabilidad. Sin embargo, la realidad es justo la contraria.

Aunque su voz ha conquistado el mundo, ella está muy lejos de la cima.

Y hace mucho tiempo que deberíamos haber cuestionado por qué.

1988. Paula Hernández Burguete

1988. Aquel período marcó un antes y un después. No solo significó mi ingreso al mundo castrense, sino que también abrió las puertas de la Academia General Militar a las mujeres, un hito sin precedentes. Éramos seis valientes en un océano de uniformes masculinos. En aquel entorno saturado de testosterona, los comentarios de mis compañeros oscilaban entre lo hiriente y lo discriminatorio, como recordatorios de la lucha que debíamos afrontar.

Mis inquietudes no se limitaban a las palabras. Encontraban eco en los ojos escépticos de nuestros instructores. Nos creían incapaces de superar las barreras que la tradición había cimentado.

Aquel 17 de septiembre, los medios de comunicación, lejos de convertirse en aliados, nos sometieron a una incómoda entrevista. Ya habíamos evitado a la prensa camuflándonos como civiles, pero no podíamos ocultarnos indefinidamente.

Las cámaras no captaron nuestro intelecto o logros militares. Nos exhibieron como monos de feria. Fuimos bombardeadas con trivialidades acerca de nuestra apariencia: peinado, maquillaje... y vida sentimental.

Han transcurrido 35 años de aquella fecha. El año que cambiaría mi vida.

Fue un gran primer paso para las generaciones venideras. Con cada impulso hacia adelante, allanamos el camino a las que nos siguen.

Hoy celebro con orgullo que he llegado a ser la primera mujer general de las Fuerzas Armadas de España, una distinción que lleva consigo la responsabilidad de liderar y demostrar que la igualdad es un derecho innegociable.

Así que, hija mía, no te rindas, porque ya hemos ganado.

Tu madre, que te quiere.

Patria Ortega.

APRENDIZAJE. Elvira Rivas Moríñigo

Irene acude puntual a su primera cita con Lucas.

Su corazón late ansioso de felicidad.

“Me encanta tu perfume”, le dice Lucas.

Irene apunta la información y cada vez que salen juntos se perfuma.

Lucas invita a Irene al cine.

Irene elige una minifalda roja.

A Lucas le disgustan las miradas que otros lanzan a las piernas de su novia y se enfada con ella.

Irene aprende la lección y no vuelve a usar falda corta.

Irene va a un cumpleaños.

Se divierte. Se distrae. No mira el móvil. No responde el mensaje hasta tres horas después.

Como consecuencia, Lucas no responde durante todo el día siguiente.

Su corazón late ansioso.

Aprende la lección. No vuelve a separarse del móvil.

Irene sale de fiesta con sus compañeras de trabajo.

Irene ya no se divierte, ya no se distrae. Sabe que Lucas prefiere que no salga sin él.

Aprende la lección. No vuelve a separarse de Lucas.

Irene pide pizza.

Lucas le aconseja que coma ensalada. Irene no vuelve a cenar hidratos.

Irene se maquilla para celebrar su aniversario.

Lucas la agarra con fuerza del brazo en el restaurante. “Quítate esos labios, siempre queriendo llamar la atención.”

Irene se levanta y va al baño. Abre su bolso y observa las toallitas desmaquillantes al lado del pintalabios bermellón.

Irene se marcha con una sonrisa roja brillante.

En su casa saborea una pizza cuatro quesos y la ironía de que los castigos de Lucas hayan provocado el aprendizaje contrario al esperado.

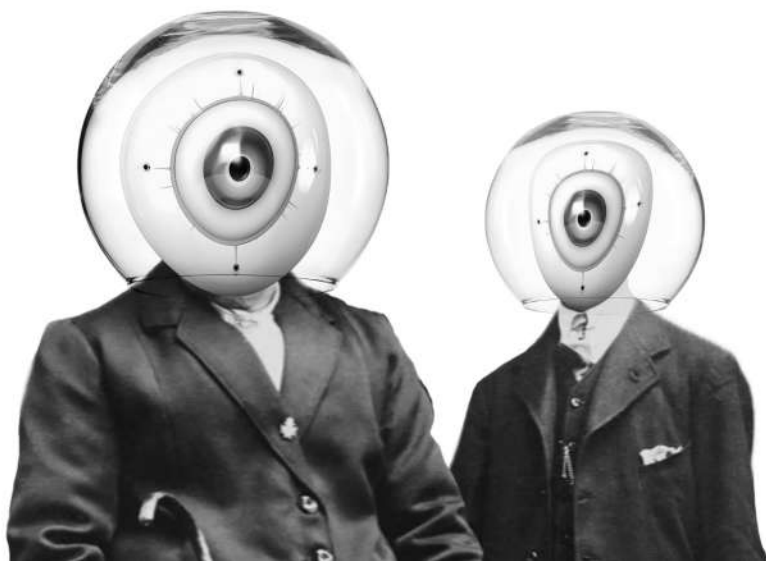
APUESTA. Jorge Juan Codina Ripoll

Él y Ella, inmovilizados y todavía desnudos, se miraron asustados al ver que los otros, equipados con trajes de protección biológica deslumbrantes bajo las potentes luces del quirófano, se acercaban precavidos. Desde las camillas, los dos tipos les parecieron altos, ataviados con escafandras muy amplias que dejaban ver unos profundos y grandes ojos negros a través de los visores frontales. Eran ambos tan mal encarados que pasarían por gemelos. Murmuraron algo entre ellos que los pacientes no lograron entender.

El Doctor y la Doctora contemplaron a los pacientes en las camillas. Se aproximaron con cautela a pesar de ir protegidos con equipos de seguridad múltiple. Los especímenes no parecían demasiado peligrosos a simple vista, pero era mejor tenerlos sujetos. Sí que eran igualmente repulsivos y deformes.

—¿No lo ve? Una especie, dos variedades —dijo la Doctora.

—No, no encuentro las siete diferencias por ningún sitio. Pero usted gana —dijo el Doctor—. Yo, a estos terrícolas, los veo a todos iguales.



BESOS EN LAS MEJILLAS. Noelia Gómez Ruíz

Oria llegó a casa después de un largo día de trabajo. En cuanto cerró la puerta todas sus preocupaciones se desvanecieron al ver la casa limpia y la mesa puesta y, sobre todo, al escuchar las risas de sus hijas jugando en la habitación. Inspiró profundamente mientras cerraba los ojos. El olor de las almendras dorándose en el horno junto

al pollo, así como los ruidos provocados por las niñas, le hicieron sentir que era la mujer más afortunada del mundo.

–¡Papá escóndete! – decía una de las niñas.

–¡Shh! Tápame el pie que me va a ver mamá–decía la otra mientras se acurrucaba debajo de las sábanas.

–¡Buuuu!–gritaron las niñas y Pedro al unísono saliendo de entre las sábanas.

Oria se sentó en el borde de la cama y abrazó a su familia. Qué merecida recompensa sentía al notar los besos de sus hijas. Toda aquella sensación del postparto, su dolor, el cambio físico, el cansancio, las tensiones del trabajo no existían en aquel momento. Solo existían esos besos en las mejillas.

–¡A cenar! –se escuchó decir desde el salón.

–¿Te importa que me siente hoy en el sofá? ¡Estoy agotada! –dijo Oria al acabar de cenar– ¡Mañana te ayudo!

–¡No! –contestó Pedro–Mañana estaremos esperándote cuando salgas del trabajo y nos iremos a cenar por ahí. Tu ascenso está bien merecido y hay que celebrarlo. Además, yo tengo la excedencia unos meses más... Cuando vuelva... sortearemos a quien le toca ir al sofá.

CUARENTA METROS CUADRADOS. Esther Bengoechea Gutiérrez

Observó el sobrio armario, sin espejos y con la cerradura rota, donde colgaban cuatro modelos baratos en perchas de alambre fino, y sonrió. El ventanuco de su pequeña habitación daba a un patio de luces donde pocas horas al día entraba el sol, pero la bombilla que colgaba desnuda del techo iluminaba su mundo como nunca. Daba igual que no hubiera ascensor, que el bloque fuera antiguo o que ahora viviera a las afueras, entre vías del tren, carreteras y lejos de los parques y de las farolas antiguas.

Le había abandonado junto a todos los Liu Jo, los Michael Kors y las promesas incumplidas. No se había llevado los intensos perfumes ni las cremas caras. Todo eso lo dejó guardado en un cajón junto con los malos recuerdos, las lágrimas y la desolación. Solo había cargado

sus libros y sus fotos viejas en una bolsa de plástico del supermercado de enfrente, el único al que le permitía ir sola, y había cerrado la puerta despacio, después de dejar sus llaves en el mueble del recibidor.

Allí era una reina enjaulada. En estos cuarenta metros cuadrados la tacharía de puta, pero era libre.

EL ARTE DE PREGUNTAR. Paula Cantero García

Resultaba curioso, resultaba inquietante: ver cómo a lo largo de la historia, las mujeres artistas no resultábamos importantes. Éramos diosas, mito, inspiración... pero no se reconocía nuestra capacidad de creación.

Éramos amantes, madres, hermanas... pero nuestro intelecto no resultaba significativo. Nuestros cuerpos se cosificaban, se retrataban, se desnudaban; nuestros pensamientos se destrozaban, se desmenuzaban, se invisibilizaban. Había fuego en nuestras almas, pasión en nuestros corazones; nos preferían en calma, dándonos mil absurdas razones.

Nos desgañitábamos, hartas de los engaños; ser mujer es tener muchas ganas... y nunca ganas, solo pierdes...

El silencio era a veces nuestro grito más potente; escondíamos nuestras mentes y nuestros apellidos en libros, en maridos artistas, en el anonimato... con la frugal esperanza de brillar algún día —en algún futuro—, aunque fuera por un rato.

EL CLUB DE LAS POETAS VIVAS. Juan Molina Guerra

Nos enteramos por la radio. La concejalía de cultura del ayuntamiento patrocinaba un Taller de Poesía para Mujeres. Era una oportunidad única. Álvaro y yo éramos hombres, pero también éramos aprendices de escritores y, por esa época estábamos ávidos de aprender todo aquello que estuviese relacionado con la literatura. Álvaro me manifestó su reticencia. Es un taller para mujeres, dijo, no nos van a admitir. Yo le dije que seguramente conoceríamos a todas las asistentes al curso, que sólo seríamos dos excepciones y que,

además, éramos buenas personas. ¿Qué perdíamos con probar? Así que el primer día del taller nos dirigimos a la biblioteca pública, que era el lugar donde se impartía, y solicitamos a la profesora, que a la sazón era foránea, que, de ser posible, nos admitiera como alumnos. La respuesta inmediata fue un No rotundo. Entonces, una de las alumnas dijo que, si no nos admitían, ella se daba de baja. Se levantó y miró a sus compañeras. Todas manifestaron que no tenían inconveniente, que podría, incluso, ser enriquecedor. Teresa, que era la más combativa y la que había roto una lanza a nuestro favor, añadió que, si buscábamos la igualdad, ahí teníamos la oportunidad de dar ejemplo; que, si había hombres que discriminaban a las mujeres, ¿qué mejor ocasión para demostrar que las mujeres no discriminaban a los hombres? La profesora terminó aceptándonos en el taller. Ese día aprendí que había una nueva forma de entender el mundo.

Desde entonces tengo doce amigas poetas.

LA ESCUELA. Federico García Fernánd

A ella le gusta mucho ir a la escuela con su cuaderno y su libro nuevos.

A él también.

Se han hecho muy amigos.

Están en la misma clase y sus mesas están una junto a la otra. A veces, se distraen hablando, y la profesora les regaña.

Ella parece ser más lista pero a él eso no le importa, porque le gusta mucho escuchar su voz, verla siempre con la cara alegre y con ese brillo de cristal en los ojos cuando se ríe.

También le gusta el aroma que trae cada día. Le recuerda al olor de los prados verdes después de la lluvia.

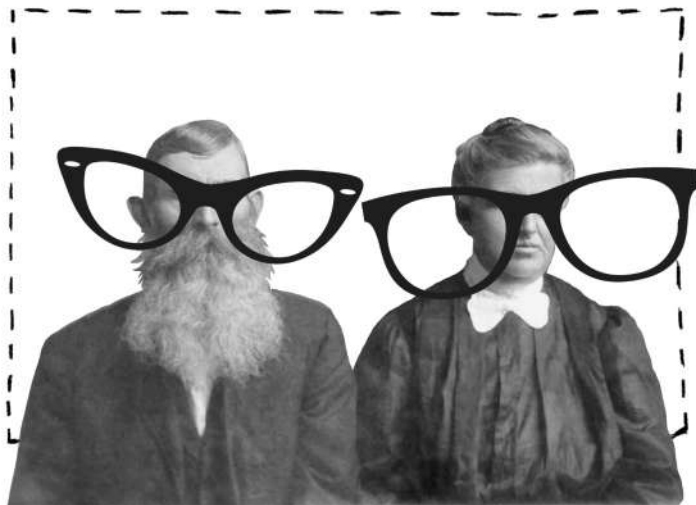
A veces, discuten por alguna tontería que no le parece bien a uno de los dos pero el enfado se les pasa rápido, y vuelven a ser tan amigos como antes.

Este año han ido por primera vez a la escuela, así que están aprendiendo lo más elemental de la ortografía. Palabras sencillas, como “manzana”, o “casa”, acompañadas de dibujos.

Fuera de clase, hablan por teléfono y se hacen bromas sobre los deberes que les mandan de la escuela. ¡A su edad!

Los hace sentirse más jóvenes.

Y menos solos.



LA PUERTA DE SU LADO. Esteban Torres Sagra

Empecé deshaciéndole la cama una noche y he acabado haciéndosela todas las mañanas. Comenzó empleando todo su arsenal de galanterías para seducirme y ha terminado con gruñidos animales exigiendo sexo sin glamures ni preámbulos.

Me engatusó con sus ideas progresistas. Según decía: “ambos géneros solo nos diferenciamos en el cuerpo: nuestras almas son iguales”.

Predicaba poliamor, solidaridad y reparto de tareas y rompió, a pedradas, varios techos de cristal -y algunos escaparates de tiendas caras-.

Nos apuntaba a todas las manifestaciones a favor de la mujer y de otras mil causas importantes; pero luego, mientras él escribía las pancartas en el bar de la esquina, yo debía preparar la comida, lavar y tender la ropa; barrer el piso, limpiar el polvo, poner, quitar la mesa y fregar los platos.

Descubrí que estaba a favor de todos los animales, excepto de los que daban solomillos y chuletones.

Aquella falacia explotó el día que comprendí que cualquier teórica es pura demagogia si la práctica no la acompaña.

Y la gota que colmó el vaso fue comprobar que, en nuestra pareja, tan abierta como él preconizaba, solo abría la puerta de su lado.

LAS VOCES CRUENTAS. Juan Andrés Moya Montañez

Manuela pensaba que el verbo «querer» lo conjugaban siempre dos, hasta que le cincelaron en las mejillas nuevos términos que practicar. «Ultrajes», a cárdenos. «Silencio», del violáceo de las ojeras. Palidísima en las muñecas esa cruel «abnegación». Aprendió que es imborrable la tinta que a sangre se suda. Proscribió al pretérito todo sueño, allá en la lejanía de su juventud inerme, ¿y para qué declamar los futuros con un presente tan incierto? Anheló que las arrugas la resguardaran contra aquel que las ensoberbecía, pero solo los elípticos —comprendió y tembló— se hartan, a veces, de ser sujetos. La tildó él de «errata» ya desde la primera impresión, de «descuido» en la signatura, de «hoja desaparejada» y de «línea huérfana». Temió ella que, de puro insistente, la vistiera de lengua muerta...

¡Cuánto deseaba para sí el aroma del poema libre, la sublimación del excelso ensayo, ese fingimiento que, por improbable, tornasola el final del cuento! Así marchó —¿quién sabe adónde?— en pos de nuevos condicionales. No hubo «acaso» ni «quizás». Tampoco ese áspero «tal vez».

Manuela pensaba que el verbo «querer» lo conjugan siempre dos, pero descubrió que algunos verbos se conjugan mejor en singular.

MENSAJE AL PASADO. Rosalía Guerrero Jordan

Laboratorio de Física Cuántica.

Universidad de Salamanca, año 2523.

—Probando, probando... Creo que ya va.

—Va, pues léelo.

—“Este es un mensaje de Eva y María, científicas del siglo XXVI, para nuestras predecesoras del siglo XXI. Todavía no hemos conseguido viajar en el tiempo por miedo a desintegrarnos, pero estamos a punto de enviar mensajes al pasado. Sirva éste de prueba”.

—Va bien, sigue.

—“Os dirán que la ciencia no es cosa de chicas, pero es mentira: podéis hacer lo que os propongáis. Sabed que el machismo y la violencia contra las mujeres han desaparecido, y que ya no hacen falta estadísticas desagregadas por sexo, pues no existen diferencias significativas entre hombres y mujeres. Tampoco en cuanto a raza, orientación sexual u otras diferencias. Pero eso fue porque las mujeres nos unimos al fin y conseguimos gobernar sin los hom...”

—Tía, no te enrolles, acaba ya.

—Vale. “La diferencia sexual solo es importante a efectos sanitarios y reproductivos. Y respecto a los roles de género... son cosas del pasado. Solo los usamos para disfrazarnos en Carnaval. Por último: no intentéis contestarnos, o crearéis una línea temporal alternativa. Y no se lo contéis a los hombres, o nos robarán el descubrimiento, como vienen haciendo desde la Edad Media, cuando quemaban brujas. Tan solo seguid como hasta ahora, luchando por nuestros derechos.” ¿Lo tienes todo?

—Lo tengo, corto.

Enviando mensaje...

—¡Qué emoción! Nuestra antepasada común está a punto de recibir el mensaje.

—¿Una cerveza para celebrarlo?

—¡Venga!

Mensaje enviado correctamente a 2023.

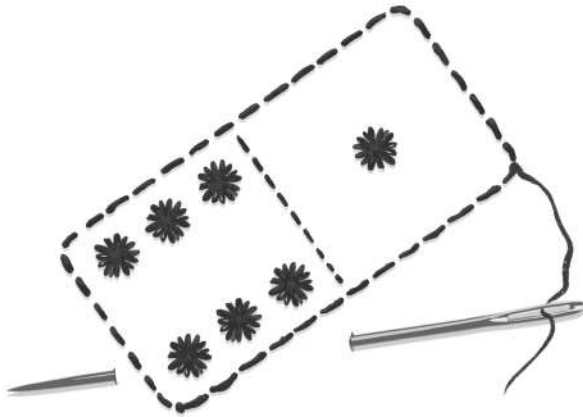
RURALES E IGUALES. Fátima Chamorro Merino

Entrechoca sonoramente las fichas de dominó y suelta una risotada que suena falsa. No le apetece ese vino peleón que circula de mano en mano. No le gusta el olor a tabaco ni el griterío. Pero disimula. Se espera de él que beba, que palmeo los hombros del vecino y que alce la voz.

En casa aguarda su hermana gemela. Ha estado acompañando a las mujeres que limpian la iglesia y renuevan las flores del altar. Ambos viven en el domicilio paterno. Trabajan el campo y crían el ganado.

Se quieren y se respetan. Es más, se conocen muy bien. El apego a la tierra y al oficio les ha hecho quedarse en el pueblo, pero solo perpetúan los roles tradicionales de cara a la galería. Porque a él le encanta bordar, le relaja. Hace maravillas a punto de cruz. Ella es una excelente mecánica que mantiene y repara todas las máquinas de la casa, desde el tractor hasta la ordeñadora. La grasa del motor a menudo le llega hasta los codos y, cuando le tizna la cara, se cubre los restos rebeldes con un poco de maquillaje.

Están a punto de cumplir los sesenta y cansados de fingir sus gustos. Hoy, por qué no, es un buen día para mostrarlos: él ha salido a la puerta de casa con su costurero y su bastidor; ella, con el mono azul mugriento. Miran de frente a todo el que pasa. Le saludan sin sonrojo y retoman su charla en armonía.



¿QUÉ PASÓ CON BLANCA?. Inca Ripoll Ribera

¿Pero cómo va a dejarme dormida una manzana? ¡La gente se lo cree todo! Ojalá hubiera encontrado otra forma de escapar del patriarcado, pero mira, tuvimos que inventarnos esa historia. La verdad es que Gema lo bordó, disfrazándose de vieja bruja, con su verruga enorme en medio de la nariz. La idea fue suya, ella llevaba ya muchos años en su castillo disfrutando de su libertad, porque todos la creen mala malísima y ni se le acercan, cuando en realidad tiene un huerto ecológico de manzanas *Fuji* y las vende por internet, ¡esas sí son las más bellas del reino!

Ahora estoy la mar de bien, viviendo en una casita de campo con 7 amigos. Ellos se dedican a la minería, pero no a la de cavar y cavar bajo tierra, sino a la criptominería y yo, mientras tanto, estoy estudiando un curso online de Desarrollo Web, y la verdad es que no se me da nada mal, de hecho, ¡yo creé la tienda online de Gema!

El plan salió mejor de lo esperado, solo espero que no venga un príncipe bobo a fastidiárnoslo. Si es buen tío y quiere aliarse, adelante, pero si no, ¡llamaré a Gema para que pruebe una de sus manzanas!

CURSO AVANZADO DE DEMOLICIÓN. Héctor Ortega Giménez

Con las herramientas necesarias colgando del cinturón, arrastró la vieja escalera de aluminio y la colocó en mitad del despacho. Comenzó entonces el ascenso. A cada peldaño conquistaba un nuevo derecho, con cada paso vertical reclamaba un espacio de libertad de manos de aquellos que, con tanto recelo, lo atesoraban.

Al alcanzar el último escalón, aseguró la postura sobre la superficie de trabajo y miró hacia arriba. Sobre su cabeza se desplegaba aquella enorme plataforma transparente a través de la cual podía ver las suelas de los zapatos italianos, el bajo de los pantalones del traje y el escorzo de alguna corbata.

Agarró el cincel y el martillo y comenzó a golpear el techo. Pequeñas esquirlas caían sobre las mesas, formando una fina película centelleante al posarse sobre las pilas de informes y la superficie cromada de las grapadoras. El ruido llamó la atención de los de arriba. Parecían molestos ante la visión de un agujero que iba haciéndose cada vez más grande. Siguió golpeando hasta que el cristal comenzó a resquebrajarse y, al poco, la estructura entera colapsó y se vino abajo en una miríada titilante de pequeños fragmentos.

Asomó la cabeza y vio como aquel conjunto de hombres –que ahora flotaban en el espacio– la miraban con estupor. De un salto abandonó la escalera y alcanzó el lugar que hasta entonces les había pertenecido. Ingrávida y orgullosa supo que, en su nombre y en el de tantas otras, a partir de entonces aquello también era suyo.

EL VELO. Paula Cañas Frías

Ando por la calle con una limonada en una mano, y mis libros en la otra. Es un día soleado de otoño. Cruzo la acera sabiendo que me juego la vida. En esta jungla de ciudad nadie para. O te mueves tú o todo se tambalea como el cauce de un río envalentonado.

Sigo mi camino, sin poderme quitar de la cabeza todos los libros que tengo que leer para el primer semestre. Sin contar con los trabajos.

Suspiro.

Frente a mí un grupo de hombres chillan en corro. Creo escuchar “es indigno” y “fuera con ella”.

Mi instinto es seguir de largo, pero hay algo que me llama la atención. Una voz. Femenina. Dentro del corro.

Como soy menuda, consigo llegar al centro.

Armita, mi vecina, está en el suelo, con el velo en la mano, gritando.

A todo y a todos.

Me pongo de rodillas, cerca de ella, y solo puedo repetir la misma frase: “Armita ponte el velo, Armita ponte el velo”.

No sé si me ve o me escucha.

“Armita ponte el velo, Armita ponte el...”.

La cabeza de Armita se estampa contra el suelo.

Ya no se oye a Armita. Tan solo su respiración, entrecortada y convulsa.

Una ambulancia, pienso.

Una ambulancia, vuelvo a pensar.

“¡Una ambulancia!”, grito.

“Una ambulancia, ¿para qué?”, me contesta un hombre con una medio sonrisa.

No pienso. Me quito el velo y me tumbo encima del cuerpo de Armita.

Es lo último que recuerdo.

CAMBIAR LAS REGLAS DEL JUEGO. Adriana Rodríguez Bueno

Crecí en una familia de ocho hermanos donde yo era el tercero más pequeño.

Recuerdo que mi madre nunca paraba. Madrugaba más que nadie, nos preparaba el desayuno, nos despertaba, vestía y llevaba al

colegio, volvía a casa para fregar, hacer las camas, poner lavadoras, cocinar, preparaba un *tupper* para mi padre con pan y cubiertos... Y, mientras, cuidaba a los que aún no tenían edad para ir al colegio. Nos recogía con la merienda y, al volver, mi padre solía llegar cansado del trabajo. Siempre decía que no le apetecía hacer nada, así que mi madre le ponía una bebida, encendía la televisión y se iba a ayudarnos con los deberes hasta la hora de la cena, que también era su quehacer.

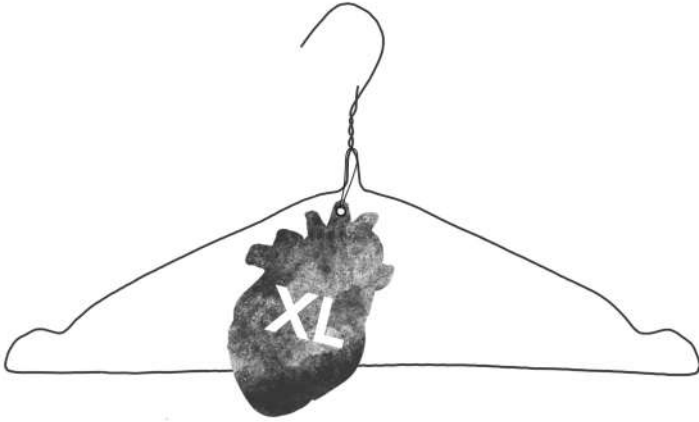
Hoy cumpla 45. Nuestro padre murió hace casi cuatro años, pero la vida de mi madre sigue. Ahora, con menos obligaciones va a un centro de día, hace manualidades, cocina, nos llama todos los días y, a veces, sube a casa de la vecina con otras tantas más a jugar al mus. Nuestro padre era el rey que sólo podía moverse a la casilla de ir a trabajar, mientras que mi madre era una reina que se movía en todas direcciones y por todo el tablero cuidándonos a todos.

El objetivo siempre fue defender al rey pero, en un futuro cada vez más cercano, cuando nos demos cuenta de que la vida es más fácil si todos llegamos a movernos como reinas, las reglas habrán cambiado.

MI HERMANO MAYOR. Jose Ignacio Guerrero Vara

Mi hermano mayor me dice que me paso con “lo del Feminismo”. Como si fuera una fase y no una actitud vital. Mi hermano proclama que ya hay igualdad entre hombre y mujer y se burla de “los Micromachines”, porque le he sermoneado sobre los pequeños actos de dominación masculina cotidiana que... sabe de sobra que se dice “micromachismos”. Pregunta si me creo Simone de Beauvoir y yo le digo que ojalá. Que solo tengo quince años pero que cuando sea mayor... Mi hermano y su ironía prestada de los memes de Internet y de los whatsapp que comparte con su grupo de amigos es más útil de lo que él mismo cree de cara a mi formación: sin pretenderlo *me* sirve de contrapunto y aprendo a argumentar en una batalla justa que demasiadas veces libramos contra los que más queremos. Mi hermano mayor se calla y frunce el ceño, cuando le cuento que toda chica de mi edad puede contarle un par de cosas sobre el miedo desde el mismo centro del cuerpo. Que a todas no han dicho alguna vez

algo y que hemos querido encogernos y desaparecer, que todas, al separarnos, nos decimos “manda un audio cuando llegues”. Y cuando por fin mis padres me conceden una hora más el viernes no dice nada. Pero, antes de salir me dio un regalo. Era una camiseta con una frase de Beauvoir. Y lo mejor es que no era para mí, era de su talla.



NUESTRA HISTORIA. Ernesto Tubía Landeras

La hermana Inés concluyó la escritura. Habían sido más de dos años de trabajo, de pasar horas y horas con la espalda encorvada a la luz de las velas, reflejando la historia que su pasión por la literatura le había impulsado a escribir. Hacerlo, después de las horas de sus numerosos quehaceres diarios en el convento, le supuso un esfuerzo desmedido. El resultado empero, le satisfacía de tal manera, que ahora que soñaba con verlo impreso cualquier agotamiento era bien recibido, dada tan hermosa y satisfactoria recompensa.

Sin embargo, cuando el impresor de Medina de Pomar tuvo el manuscrito entre las manos y lo leyó con calma se negó, no solo a publicarlo a su nombre, sino a pagarle siquiera una moneda por él. De insistir, la amenazó con acusarla de herejía ante sus superiores en el estamento clerical.

Consternada, incapaz de asumir que una obra literaria pudiera ser considerada de ese modo, pero sabiendo que ser mujer la condicionaba y colocaba en una posición de desventaja ante ese y

cualquier hombre, que no hubieran tenido problema alguno para enorgullecerse de aquella genialidad literaria, Sor Inés accedió con una única condición; si la obra no podía estar a su nombre, no estaría al de nadie. A regañadientes, pues deseaba acreditarse como autor de la obra, el editor accedió. Lo que sucedió después con aquella novela, que Sor Inés tituló como “El lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades”, es parte de nuestra historia.

DEFECTO DE FÁBRICA. Nuria García González

Como mis ojos vienen defectuosos de fábrica, me he comprado una linterna para bajar al trastero. *¿O es mi cabeza, que no interpreta bien?*, he estado dándole vueltas al asunto esta tarde tras cerrar esa puerta metálica dejando allí mis viejos libros de primaria en tres metros cuadrados.

Mi desasosiego comenzó esta misma mañana cuando mi hija de diez años me quiso acompañar hasta ese húmedo cuartucho y se puso a revisar una pila de cuadernos de ejercicios que tienen casi cuarenta años: *¿No ves el error ahí, mamá?*

Une las siguientes profesiones con sus correspondientes categorías NIÑO o NIÑA.

En su día yo tracé una flecha firme y clara entre: ENFERMERA_ NIÑA / ARQUITECTO_ NIÑO / DEPENDIENTA_ NIÑA / FUTBOLISTA_ NIÑO

Sonaba a disparate a juzgar por la cara de mi hija: *¡¡Encima te pusieron un 10 en el ejercicio!!* Sacudió la cabeza y prosiguió con ojos escrutadores revisando un libro de lectoescritura hasta toparse con una frase chocante: “Raquel, a pesar de ser chica, era muy fuerte y por eso la dejaron entrar en el equipo de relevos”.

Sus ojos eran como platos de pura incredulidad.

El otro día me dijo que quería ser *pilota*, no *piloto*. No supe reaccionar a tiempo mientras ella, pacientemente, se recolocaba bien sus preciosos ojos capaces de normalizar todo lo que debió ser normal en otro tiempo.

Son ellas las que nos abren camino, así que le he regalado mi linterna para que siga avanzando, alumbrándonos a todos.

NO ERES TÚ, NI SOY YO. Ester Marugan domínguez

No eres tú, fui yo, ... Que me enseñaron a pedir perdón constantemente y no alzar la voz.

No eres tú, fui yo, ... Que me enseñaron a lucir siempre maquillada para no verme cansada.

No eres tú, fui yo, ... Que me enseñaron a cruzar las piernas en el autobús para dejarte más sitio, por ser varón.

No eres tú, fui yo, ... Que me cargué de más trabajo, pero ganando menos sueldo.

No eres tú, fui yo, ... Que aguanté piropos inapropiados, porque mi forma de vestir, te hacía ver que lo iba pidiendo a gritos.

No eres tú, fui yo, ... que me creí que no podía llegar lejos, que mi futuro no sería mejor sin un hombre a mi lado, que por ser mujer yo era menos.

No eres tú, ... Ni fui yo, ...

Fue, que un día comprendí, que también te enseñaron que debías aguantar sin quejarte. A delegar en mí, porque tú no valías para pensar.

Que podías expresarte al gritarme cosas bonitas y cosas feas, pero que no podías llorar en público. Qué te dijeron que debías llegar lejos y ser el cabeza de familia. Qué tú trabajo debería ser mucho más importante que el mío.

No eres tú, ni soy yo...

Somos tú y yo, somos los dos, que podemos unirnos para ser iguales.

Qué nos sabemos respetar, amar y admirar. Somos dos sin más, hombre y mujer por igual.

TECHO DE CRISTAL. Juan Carlos Pérez López

Menudo castigo me puso mi padre. Pero es que la trastada que hice fue de las gordas.

Yo solo quería ayudar a mamá. Ella se quejaba de que en la cooperativa ganaba mucho menos que los hombres por las mismas horas de trabajo. Sí, los hombres cargaban las cajas, pero ellas se quemaban las pestañas seleccionando las cerezas, su jefe echándoles la bronca si se les escapaba alguna fruta que tuviese una simple manchita.

Recuerdo que llegaba a casa molida. Pero tenía que ponerse a hacer las cosas de la casa. Yo era muy chica; apenas podía ayudarla. Pero es que papá, siendo tan grande... Se sentaba en su sillón, y cuando la comida estaba lista era servido a mesa y mantel, como si fuera el rey de la casa. Si me decía que le trajese un vaso de agua, tenía que obedecer sin rechistar y levantarme. Mamá callaba. Pero yo sabía que tanto dominio no le gustaba nada, como tampoco le gustaba el trato que en la cooperativa le daban a ella y a sus compañeras, por lo que se metió en un sindicato y consiguió muchas mejoras laborales para las trabajadoras, aunque ahora, ya a punto de jubilarse, se sigue quejando del techo de cristal. Del maldito techo de cristal.

Ahora me sonrió cada vez que recuerdo que yo quería ayudarla entonces. Y que no se me ocurrió otra cosa que pegarle una pedrada a la cubierta de cristal de las oficinas de la cooperativa donde ella trabajaba.

MUJER PÁJARO. Alberto De Frutos Dávalos

¿Qué ves tú cuando me miras? Yo, todas las mañanas, cuando me levanto, me miro en el espejo y veo a las mujeres que he sido. También a la que soy ahora, madre soltera, hija, dependiente en una tienda de zapatos, enemiga declarada y sierva crónica de los relojes. Pero si me acerco y me interrogo, mi cara y mi cuerpo se multiplican, se solapan y me arrastran al torbellino de todas mis vidas: las pasadas, las presentes y las futuras. Que tú no las conozcas no quiere decir que no hayan existido.

Como una gaviota que no teme a la noche ni el día, he completado cuarenta y ocho órbitas alrededor de la Tierra.

Como una oropéndola, he sido libre, y con mi canto he mordido los barrotes si alguna vez me han enjaulado.

Como una paloma blanca, he habitado las moradas más sensibles de la santa de Ávila.

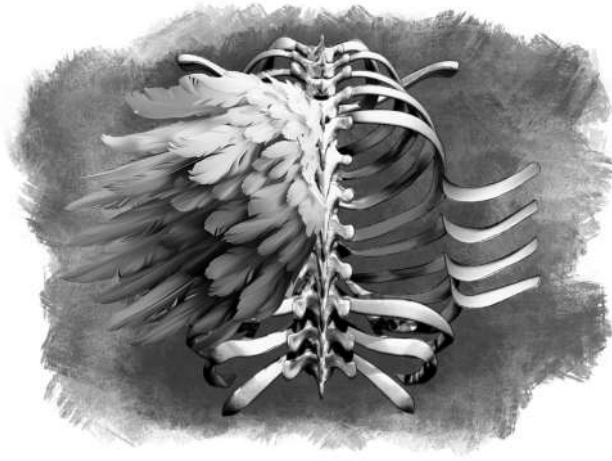
Como un halcón o un águila, he encendido la mecha de cañones que han hecho batirse en retirada a los franceses.

Como una lechuza griega, he leído en el firmamento los signos de las estrellas.

Como un pavo real, he pintado sueños de flores, monos y venados que se desperezan en los museos de todo el mundo.

Como un avestruz africano, he cruzado las metas más remotas.

Como un loro del paraíso, he muerto, y, como un ave fénix, he resucitado cada vez que volaba en el espejo junto a todas las mujeres que he sido.



***DECÁLOGO DE DESEOS IMPOSIBLES (MÁS UNO POSIBLE)
PARA NO ESCRIBIR UN MICRORRELATO. Javier Izcue
Argandoña***

Me gustaría que mi madre aún viviera.

Me gustaría descubrir el elemento 120 de la tabla periódica, y llamarlo Elviria en su recuerdo.

Me gustaría que el leopardo de las nieves me clavara su mirada, y sobrevivir, mientras al retorno Jane Goodall nos cruza el Tormes un lunes de aguas.

Oh, diosa blanca, ojalá el lunes volviera a ser el día de la luna.

Me gustaría haber sido el caballo que golpeó brutalmente a la sufragista Emily Wilding Davison y detener mi galope. O, al menos, poder hablar, para confesar al mundo que la suya no fue una *muerte accidental*.

Me gustaría sostener abrazada a Teresa de Jesús en sus arrobos.

Que Anna Karenina me besara, y así me creyeras cuando te digo que nadie besa como tú.

Me gustaría haber cedido mi asiento en el autobús a Rosa Parks.

Me gustaría que Melibea no hubiera tenido que saltar de la torre aunque admire su libertad radical.

Decir, por ejemplo, Isabel Zenda, susurrar Ka-ta-lin-Ka-ri-kó, y que una sonrisa de admiración y reconocimiento se abriera en las multitudes.

Me gustaría no participar en este concurso para que este texto fuera por fin un microrrelato de ficción.

EL ALETEO DE LA MARIPOSA. Jesús Navarro Lahera

Una mañana de domingo, dos mujeres llamadas Samira se disponían a salir de sus casas. Una de ellas, de apellido Smith, vestía una falda plisada de color rojo y una blusa blanca sin mangas. Parecía apurada, ya que echó un vistazo al reloj a la vez que le decía a alguien que iban a llegar tarde al partido, y en ese instante una mariposa pasó a su lado y fue a posarse en el quicio de la puerta.

La mujer se quedó mirando las alas verdes y amarillas. Sonrió al recordar la carta que había recibido en el trabajo dos días antes. No solo le habían aprobado el ascenso, sino la reducción de jornada. Pensó que todo iba bien, y de pronto, entre risas, una niña y un niño con camisetas y pantalones de fútbol cruzaron corriendo la puerta. Entonces la mariposa, asustada, alzó el vuelo y se elevó hacia un cielo azul limpio de nubes.

En ese mismo momento, apenas a una distancia de cinco horas en avión, la otra mujer, apellidada Ahmed, vio venir hacia ella una mariposa de alas negras. Torció la boca y arrugó la frente en una mueca de disgusto, pero nadie pudo darse cuenta. Ni el niño que jugaba con un viejo fusil de asalto, ni la niña que limpiaba el suelo de rodillas e iba, al igual que su madre, tapada con un velo que la cubría desde los pies a la cabeza.

LOS FUSILADORES POR LA CALLE AMARILLA. Miguel Ángel Ríos Padilla

Cruz, cuando llegaron los fusiladores, se encontraba de casualidad en la calle Amarilla, conversando con Severo. La calle Amarilla se

llamaba así porque sus puertas y fachadas habían sido pintadas de ese color; en ella no daba casi el sol porque estaba inclinada y colindaba en su parte alta con el cementerio de Brunería, del que emergían espigados pinos negros por todo el lado superior de la calle.

Las botas de las milicias enemigas resonaban descendiendo por la calle Ancha acercándose a la calle Amarilla. Lo curioso del día es que Cruz se había puesto un vestido amarillo, y ella era rubia. De inmediato, Severo empujó a Cruz contra la pared y se situó delante de ella, varonil en un sentido de protector antiguo. Pero Cruz, con lenguaje gestual urgente, pidió a Severo que hicieran a la inversa, se señaló la ropa con ímpetu, los zapatos, incluso las medias, todo de igual color que las paredes de la calle. Así hicieron, manteniéndose quietos como estatuas, mientras los soldados pasaron su larga fila ruidosa de hierros y de telas gruesas rozándose que duró cinco minutos de horror inundando como un río de destrucción potencial la calle amarilla, no vieron a Severo ni a Cruz, quienes *se habían hecho pared*; marcialmente se alejaron montaña abajo. Severo y Cruz corrieron hacia el lado contrario, por un descampado, vieron llegar a lo lejos un helicóptero. Severo, habiendo aprendido bien la lección de Cruz, que nada tenía que ver con que el hombre proteja a la mujer sino que ambos usen, según sus capacidades personales, únicas y complementarias, por el bien y el avance común, indicó a Cruz que se tumbase en la maleza. Él, que iba vestido de camuflaje, se situó encima de ella, cubriendo su color, y el tenebroso aparato bélico los sobrevoló con inquietante estruendo sin verlos, y se alejó. Cuando se despidieron marchando a sus hogares, Severo lo hizo de Cruz como una igual, y a la inversa. Eran un equipo, como las milicias, sintieron esperanza bajo un cielo azul; ahora se sentían más fuertes.

ARTE Y PARTE. Silvia Oller Jurado

Ese mediodía la cocina tembló. Las tazas, platos, ollas,... e incluso la impertérrita cafetera temblaron. Una fuerte discusión se desencadenó en esa diminuta cocina. Voces, gritos, reproches, acusaciones,... Hasta las baldosas se sentían incómodas. Al rato la discusión fue amainando. Y Ernesto cedió en limpiar los platos

cuatro días. Así que le tocaba a él empezar el reparto de tareas. Ese mediodía el estropajo notó una presión diferente. Otras manos lo estrujaban. Era una presión menos sutil, más vigorosa. Al principio se sintió oprimido, muy incómodo. Aunque estaba más estrujado en sus manos, cuando lo liberaba pasaba más rato impregnado en mayor cantidad de jabón bajo el agua calentita que le encantaba. El estropajo esbozó una enorme sonrisa al pensar que a partir de entonces las tareas serían compartidas. Disfrutaría unos días de los baños habituales que sabían a caricias, y otros días de enjabonados y enjuagues más prolongados. Todos salían beneficiados de ese reparto equitativo de tareas. Lo mismo pensaron las tazas, platos y ollas. Todos estaban contentos pues por fin se compartían los roles y se ponía fin a un reparto injusto. Ello resultó positivo para la casa, incluso para esos seres inanimados, o no tanto, de la cocina.



ARTÍCULO 36. Daniel Zarate Rodríguez

Cerrando aquel viejo libro de Mary Shelley cerró los ojos también, pensando que ella, al igual que aquél ser, se sentía un monstruo hecho para un mundo que no le correspondía. Madrid olía a cedro y humedad aquel uno de octubre de mil novecientos treinta y uno. Clara se dirigía Gran Vía abajo, vacía de viandantes a esas horas, camino de la modista que la aguardaba ansiosa. Se sentía enorme a cada paso, a cada pensamiento que escapaba bajo el ala de su sombrero. Años duros la habían acompañado en la universidad,

vilipendiada por aquellos que pretendían ser moderadores de justicia, difusores de derecho y verdad. Ahora, notaba resquebrajarse el suelo bajo sus pies a cada paso, destructora de muros, constructora de entelequias. «Buenos días, señora diputada», le llegaban, desde sobre su cabeza, palabras de una señora gris desgastada por el tiempo. La miraba Clara, lanzando una cálida sonrisa de vuelta, y la contemplaba rejuvenecer, irradiando paz. Destruyectora de murallas, de cercos, de jaulas; caminaba ella ocupando toda la avenida que se llenaba con el repiqueteo de sus tacones.

Sentada ahora en su escaño, Clara se removió impaciente al escuchar a la señora Kent «creo que el voto femenino debe aplazarse». Se sintió arder, llamear por dentro. «Pido la palabra», anunció Clara. «La tiene señorita Campoamor», anunció el presidente en un eco infinito.

EL AMOR DE SU VIDA. Sara Herranz Isidro

Nació acostumbrada a no encajar, a no encontrar lo que tanto anhelaba y que parecía que toda persona debía encontrar. Nació creyendo que, tras tantas caídas, nunca estaría completa y que, para sentirse llena, cual dama de honor que busca el accesorio perfecto para su vestido, debía encontrar su complemento perfecto. Después de todo, en sus cuentos favoritos la princesa encontraba a su príncipe azul, la dama en apuros era salvada por el caballero y la reina se casaba con su rey. Pero su vida no era como esos cuentos, y por su mente pasaban infinidad de preguntas sin responder. Preguntas a las que ni ella ni nadie era capaz de encontrar respuesta.

¿Acaso la lealtad no era suficiente para convertir al sapo en príncipe? ¿Acaso una princesa no debía encontrar a su amado? ¿Acaso nadie iba a despertarla de ese sueño profundo? ¿O acaso nadie iba a salvarla del acantilado por el que se precipitaba cada vez que lo intentaba?

Tantas preguntas sin respuesta, tantos interrogantes sin solución, le hicieron por fin despertar. Arrancó esa raíz que intentaba crecer sin control, dejó a un lado cada bonita historia de amor y se dedicó a vivir momentos con la persona que nunca le había fallado: ella misma.

Y, por primera vez en mucho tiempo, tras haber crecido en un mundo donde las medias naranjas y las medias mitades debían ser encontradas para formar el todo, se dio cuenta de que la persona de sus sueños siempre había sido ella misma.

OLIVERA Y AZEBUCHE. Carmen Álvarez Hernández

El olivo del patio tenía unas raíces más profundas que la misma tierra. Sus ramas se adaptaban a la meteorología, y ondeaban su fortaleza cuando soplabla fuerte viento, pero sin romperse en dos: sabían que ser flexibles las haría sobrevivir. Aguantaban ancladas a su grueso tronco, robusto como la justicia que no discrimina si el árbol que abarca da fruto o no, porque comprende, también, que eso no lo define como árbol.

La abuela regaba el olivo del patio. Me llevaba de la mano a su sombra y me decía: «tú también tendrás que cuidarlo, y encontrar quien lo cuide, porque siempre habrá quien no vea en él más que madera, más que olivas, más que hojas. Habrá quien, con ese capricho de no mirar más allá, equivoque el todo por la parte en una sinécdoque ignorante, y se le olvide que el olivo tiene sentido por sí mismo: el simple hecho de existir ya le hace suficiente».

El olivo del patio tiene unas raíces más profundas que la misma tierra. Le llevo de la mano a su sombra y le digo: «tú también tendrás que cuidarlo, hijo mío, porque siempre habrá quien no vea en él más que madera, más que olivas, más que hojas. Y tendrás que regarlo y hacer ver, a quien no quiere, que siempre ha sido, y será, suficiente».

RUTINAS. Marta Fornes Porta

María se despierta todos los días a las 8 de la mañana, es el ruido estridente de la *roomba* el que le hace abrir los ojos de golpe. Por su cumpleaños le regalaron en la farmacia del barrio un análisis facial y le recomendaron que al haber pasado los 30 debería acostumbrarse a la rutina de *skin care*. María se despierta todos los días a las 8 de la mañana, se lava la cara con un jabón especial, se pone el sérum, deja

que pase unos minutos para que la piel absorba mientras se toma la pastilla anticonceptiva, vuelve al baño, contorno de ojos y crema facial. Abre el armario, elige qué ropa ponerse, ya no por la combinación sino por la reunión de hoy, sin demasiado escote, mejor colores claros, que el pantalón no sea tan ajustado. Se prepara el desayuno, su dietista le aconsejó zumo natural, yogurt con avena, semillas de chía y frutos del bosque. María baja las escaleras y se dirige hacia el metro, en Japón hay un vagón rosa donde en hora punta solo pueden subir mujeres, aquí no, piensa en si sería necesario mientras un chico con traje que consulta su teléfono se le pega demasiado a la espalda.

Jorge se despierta todos los días a las 8 de la mañana, se lava la cara, abre el armario, hoy se pondrá traje dado que tiene una reunión importante, baja al bar, buenos días, lo de siempre, se termina el cortado, hasta mañana, maestro.



DE PRINCESAS Y VILLANOS. María Esther Zarate Moya (Edición 2022)

No necesitaba espejo para preguntarle quién era la más guapa. Él se lo repetía a menudo, aunque a veces, tal vez demasiadas, a gritos. Tampoco le importaba que el reloj marcara las doce; el castillo que levantó para ella seguiría en pie. El la había convencido a menudo, aunque a veces, demasiadas, a golpes. Sólidos muros, construidos con insultos y miedo. Pero ella, que se acostumbró a no mirarle a los ojos, a menudo, siempre, caminaba deslumbrada por los suelos de mármol que pisaba de puntillas.

Cuando llegaban embajadores con noticias de sus amigos y familia, él mandaba cortarles la cabeza. A ella, ni siquiera le importaba. Sin espejo, sin reloj, sin nada ni nadie que no fuera él. Los de allá abajo solo envidiaban su reinado, ambicionaban las fastuosas paredes que confinaban su felicidad. De cuento, ese que él le escribió después de probarle el zapato de cristal, con palabras que dejan heridas que supuran; envenenándole el alma con mordiscos de desprecio y posesión, dejándola sumida en un sueño de mentiras y amor de baratija.

Una mañana, cuando cesó la lluvia, bajó al jardín. Asomada a la fuente para observar los nenúfares, ni siquiera se reconoció, tan pequeña como una gota de agua, frágil y temblorosa. No esperará a que escriba con sangre la palabra fin en su cuerpo.

Arranca la corona.

Calza sus pies.

Sin migas de pan en los bolsillos.

Érase una vez una mujer, ella. Y su historia.

La que comienza hoy.

MERCEDES. Gretell Leyva Salazar (Edición 2022)

Con dieciséis años, Mercedes abandonó su casa. Desentonaba con sus primas lindas de melenas largas y con el padrastro borracho que se sobrepasaba. Vivió un tiempo en la calle. Hasta que su padre, antes ausente, le dio una ayudita y pudo comprarse un cuartito en la Habana Vieja.

Pronto comenzó a trabajar. Se hizo vigilante del Capitolio, cuando esos oficios de pantalones y pistola enfundada eran mal vistos para una señorita. A ella nunca le importó. Como tampoco lo que dijo la gente cuando más tarde se atrevió a enamorarse del Nene, un guajiro quince años más joven.

Siempre olía a jabón y a colonia de violetas. Incluso en los tiempos en que esas cosas desaparecían de la realidad cubana. Ella las inventaba. Se envolvía en vestidos anchos de tirantes finos que se confeccionaba. A veces, una mancha morada ahogaba su pecho. Entonces, hundía mis manos en su espalda para aliviarla.

Nunca pudo tener hijos. Pero cuando mamá se embarazó, fue la única que nos dio cobijo. A mamá como su hija y a mi, como su nieta. Me cuidaba mientras mi madre trabajaba. Me enseñaba recetas de pasteles, del amor y de la vida.

—Estudia, mi niña. Y trabaja. Sé independiente. Así serás libre para no aguantarle nada a ninguno. Sobre todo, nunca dejes que te pongan un dedo encima —me decía.

Estudí Derecho por ella. Pero no pudo verme subiendo la colina Universitaria.

Los médicos dijeron que su corazón había sido demasiado grande para su pecho.

CUÉNTAME UN CUENTO. Tomás García Merino (Edición 2022)

«Cuando los enanitos llegaron, Blancanieves los reunió en el salón y comenzó a hablar: "Me hace muy feliz que me hayáis acogido en vuestra casa, pero esto parece una pocilga, está todo lleno de mierda y yo no he llegado hasta aquí para ser la criada de nadie —los enanitos se miraban avergonzados—. Así que nos vamos a organizar y vamos a limpiarlo entre todos. Y, otra cosa, desde mañana yo también iré a trabajar a la mina".

—¡Eso no puede ser! —protestó el enano gruñón—. ¿Y si viene la bruja cuando tú no estés, que va a ocurrir con el cuento? —Los enanos miraban a la bella Blancanieves con los ojos abiertos como platos.

—¿Alguien quiere morder la manzana envenenada? —preguntó la bella princesa. Nadie contestó—. Pues que se la coma mi madrastra, yo no quiero pasarme la vida en una urna de cristal esperando a un

príncipe para que se case conmigo. Ya elegiré yo con quien quiero casarme, para eso falta mucho. Yo quiero pasar más tiempo con vosotros, me lo paso muy bien y sois mis mejores amigos.

Los enanitos cantaron tres hurras por Blancanieves y lanzaron sus gorros al aire, y colorín colorado...»

—¡Jo, papi! A mí me gustaba más el otro cuento.

—¿A ti te gustaría estar siempre limpiando y cocinando para los enanitos?

—No, papi.

—Pues esto es la igualdad real. Los cuentos podemos cambiarlos, con la realidad es más difícil. Pero con niñas como tú, lo conseguiremos.



RELATOS CORTOS

GOTAS DE SUDOR Juan Carlos Pérez López (Primer Premio)

Las doce campanadas del carrillón de la salita, armoniosas y precisas, se han amontonado sobre el toque, severo y metálico y cacofónico, del gran reloj del ayuntamiento, ojo ciclópeo que, desde la fachada consistorial, computa en su órbita marfilina la parsimoniosa rutina del pueblo, vigilante con sus dos espadas de acero del merecido descanso del paisanaje mientras el discurrir de la noche se enseñoera de las calles del pueblo.

Enmudecido el campaneado de los relojes, se deja oír el lamento incisivo del aire del norte que, tras descender por los desfiladeros de la montaña, caracolea fantasmagórico en los soportales de la plazoleta, arrastrando tras de sí una estela de hojarasca que abriga en su seno el fresco aliento del agua que fluye bulliciosa por las acequias que bañan las huertas de los campos aledaños. La mujer se estremece, como si un arpón de hielo hubiese atravesado su enteco cuerpo, el armazón de pellejos y huesos que la sostiene en pie revestido desde hace tiempo por un ropón de viejos achaques. Se levanta de la butaca de enea. Con pasos racheados, se avvicina al ventanal. Se ajusta la toquilla sobre los hombros, doblegados por la ancianidad. Descorre el visillo. Un predio de soledad florece ante sus ojos. En los adoquines de las desiertas calles espejea el fulgor decadente y azafranado de las escasas farolas que permanecen encendidas. Vagabundea con su mirada de algas, hasta detenerla en el edificio de piedra que se deja ver a través del arco principal de la plaza. La intemperie, los temporales de lluvia y nieve, pero también el solazo del verano, deterioraron el rótulo que, como por ensalmo, se mantiene aún sobre el dintel de la puerta de madera, cuyos maltrechos postigos permanecen cerrados desde hace años, apersogados por una cadena y un candado amortajados por el orín. <<Escuela>>. Pronuncia ella, como si leyese en voz alta aquello que otrora estaba escrito en el letrero, con letras grandes y resaltadas con pintura roja, las vocales y consonantes dando forma a una de las

palabras más bellas para ella, que entrañan el significado de su vocación. Sumida en los recuerdos, le parece escuchar el alboroto de la chiquillería durante el recreo, las carreras y gritos desatados durante los juegos en la plaza, ella vigilante desde el interior del aula.

Vuelve la mujer a tomar asiento en el balancín. Toma la obra que andaba leyendo: *El libro de Gloria Fuertes, poemas y vida*. Conforme avanza en la lectura, en sus labios aflora el conato de una sonrisa que atesora cierto viso de amargura. Porque no pocos pasajes de la biografía de la poeta madrileña son un calco difuso de su vida, que no ha sido sino un rosario de escenas resultantes de una existencia plagada de obstáculos; un sinfín de escaramuzas en una lucha constante por ver cumplidos sus sueños, por lograr que sus proyectos acabasen en satisfacción personal, por no dejarse doblegar ante los incontables prejuicios sociales...

*

Muchos años antes.

— *¡Mariana, quiero esa habitación a oscuras ahora mismo o te zurro con la alpargata!* —*Le grita la madre desde el habitáculo contiguo.*

—*Pero mujer, deja a la chiquilla en paz...*

—*Tú calla y no seas tan condescendiente con ella, que se te nota mucho que es la niña de tus ojos* —*le reprocha al marido*—. *El aceite del candil no sale gratis, y todo lo que ahorremos es poco ahora que nuestro Domingo tiene posibilidades de ir a la capital a estudiar. Ya verás como este bendito va a ser el orgullo de la familia.*

—*Tampoco hace falta que la atosigues, mujer; un poco de lectura no ha de hacerle mal a la chiquilla. Y si es menester, ya echaré yo horas de más en la hacienda del marqués, para que no le falte aceite al candil, ni cuadernos ni lápices al hijo. No tengas cuidado por él, que ya me ocupo yo de su futuro, aunque para eso sea preciso que me ahogue en sudor detrás del arado.*

—*Ella lo que tiene que hacer es dejarse de pajaritos, que a saber qué tonterías andará leyendo... Agarrar la escoba y ayudarme con la plancha es su tarea. Y en lo que debe pensar es en echar más horas en el taller de costura de la señora Lola, que para eso la he enseñado a bordar de manera primorosa. Lo que gane será miel*

sobre hojuelas para comprarle ropa y zapatos nuevos al nene. Nuestro hijo no va a ir por ahí hecho un mendigante; antes de verlo como un menesterozo me quedo yo sin comer. Nuestro Domingo es muy espabilado; con un poco de suerte se nos hace maestro.

—También pasan hambre los maestros. Pero bueno, si eso es lo que quieres para él... No te lo había dicho antes, pero la señora marquesa me ha dicho que Mariana puede servir en la mansión. Mañana se viene conmigo para allá. La vestirá, la calzará, y comerá con el servicio del cortijo, que no es poca cosa. Y ya que tanto te empeñas con los dineros, no dudes que algún duro sacará allí también, para que no le falte de nada a Domingo. Bien sabes que la señora marquesa puede ser muy remilgada con sus rezos, pero de roñosa no tiene nada de nada.

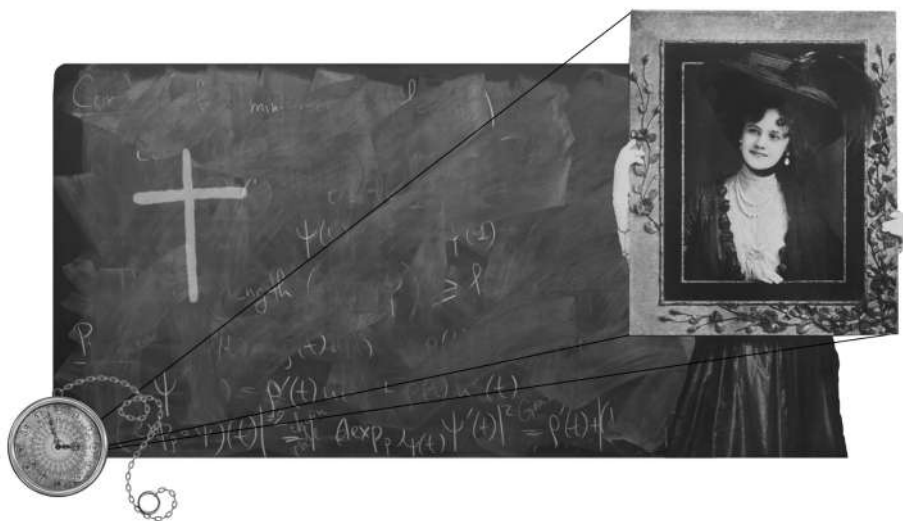
*

Mariana observa la vieja foto que tiene sobre el aparador. Le parece estar viendo al marqués mientras se la hacía en su finca. En ella aparece siendo una muchachita, tomada de la mano de su padre. Le encantaría poder derramar una lágrima por cada día vivido sin él. Pero ya no es capaz de llorar. Fueron demasiados los malos ratos vividos: la muerte del hermano en la guerra del Rif —no alcanzó el dinero para librarlo del servicio militar obligatorio—; la aspereza de la madre con ella, como si fuese la culpable de que Domingo se dejara la vida tan lejos de la casa; las lágrimas derramadas sobre el pedazo de tierra del cementerio donde hincaron la cruz, que deberían haber clavado encima de la fosa común a donde fue a parar el joven, enterrado como quedó en un continente inhóspito y hostil; el fallecimiento prematuro de la madre, sin que recuerde Mariana que ella le deparase un gesto cariñoso alguna vez. Tanta amargura... Tanto trabajo para salir adelante... Se adormila.

*

Apenas despunte el rosicler, Mariana se acercará hasta el cementerio. Como cada aniversario de la muerte de su padre, depositará sobre su sepultura un ramo de flores. Y llorará de agradecimiento. Derramará una lágrima por cada gota de sudor de más que su padre derramó en la finca, deslomándose en las viñas y olivares del latifundista. Gotas de sudor de más, con las que se sacaba un dinero extra para que su hija también recibiese clases particulares del profesor que acudía a la

casa de los señores para impartir clase a los marquesitos. Gotas de sudor para comprarle a Mariana cuadernos, lápices, libros. Gotas de sudor para enviarla a la capital a estudiar. Gotas de sudor que se transfiguraron en lágrimas de alegría el día que Mariana impartió su primera clase en el colegio del pueblo —la misma escuela en la que ella estuvo apenas unos meses siendo niña—, su viejo padre observándola desde el banco de la plaza, como si estuviese interesado en saber lo que su hija andaba enseñando a los alumnos, él henchido de orgullo por todo lo que se había sacrificado *su* Mariana para llegar a ser maestra. Tantas gotas de sudor contra la desigualdad...



ESPACIOS. Gloria Fernández Sánchez (Segundo Premio)

Claudia ha pasado la noche en duermevela. Su marido, que no es mal hombre, ocupa casi todo el colchón, ronca y bulle en un maremágnum de sábanas. Ella se vuelve, siempre ha sido así, hacia su mesilla de noche e inmovilizándose procura conciliar el sueño. Se angustia porque no le baja el mes. Otro embarazo significaría menos espacio vital: una criatura que se desarrolla en su interior, a la que debe transportar, a quien amará terriblemente, aunque le robe el

dormir, la leche, la tranquilidad, el usufructo de su dolor y de su pecho. Que sea lo que Dios quiera.

Desayuna el marido pidiendo esto y lo de más allá, los codos rotundos, los dedos anchurosos. Claudia se mueve por los recovecos de la cocina, estudiados al milímetro.

Los jóvenes saltan con prisa las escaleras del metro y la acurrucan contra los pasamanos. Entra la última en el vagón y, milagrosamente, puede arrellanarse en un asiento libre. Aunque un enorme caballero viene a instalarse junto a ella. Abre estas piernas y brazos, se figura estar aún en su cama, porque a ella solo le permite un resquicio para no ahogarse. Intenta Claudia que con golpes mínimos se aleje, aunque se trata de un imposible. Al fin se libra del peso y ella empieza a pujar para salir del furgón.

Se enfrenta al túnel. A estas horas aún se halla muy oscuro, y hombres sin techo la miran en su desamparo. Claudia se compadece de ellos, mas también le aterran, ya que siente cómo las paredes se comprimen y asfixian.

Aparece, por fin, la avenida. Camina junto a los bloques pues le han susurrado algún piropo necio, alguna proposición repugnante. A derecha e izquierda, callejones angostos. Ve a una colega y eso la fortalece.

—¡Espérame!

—¡Desde luego! ¡Pasa por allí!

Los coches cruzan sin respeto, sin piedad, igual que navajas de la urbe. Deciden quién, cuándo y cómo. La frágil carne zigzaguea.

Ya están ambas fichando y deseándose un buen día. Cada una se dirige a una zona del inmueble.

El panorama mental de Claudia se apacigua e ilumina. De hecho, el gran edificio se está encendiendo por plantas y parece un árbol de Navidad. Ahora ella está al mando.

Entra en un cuarto donde encuentra todo el material útil. Lo va eligiendo cuidadosamente. Las cosas han de hacerse con atención, pues si ha sido escogida para el oficio por algo será.

Claudia se yergue frente a un espacio vacío y suyo, que la espera y donde nadie va a molestarla o dar instrucciones. Los utensilios se hallan bajo un cartón que ella misma ha escrito. El orden ensancha. Entonces la vida adquiere su sentido y se alza, en realidad, el día. Los metros cuadrados son muchos, cientos. El céfiro que aclaraba el horizonte y los caminos amplios. Claro que sí. Se acuerda del paisaje infinito de su niñez, del firmamento nocturno, del mar de sus únicas vacaciones.

Se arrodilla y comienza a fregar el suelo.

NOS SOBRAN LOS MOTIVOS. Montserrat Espinar Ruiz (Tercer Premio)

La mujer cargaba una carpeta de piel marrón, cuarteada por el uso aunque, todavía, con cierto lustre. Las punteras de los botines se habían empapado por la lluvia y por los charcos formados en el empedrado de las calles peor conservadas. Un fuerte viento enarbolaba su melena rizada.

Miró a su alrededor. La oscuridad y el pésimo alumbrado público favorecía su necesidad de disimulo. Venció el cuerpo hacia delante y miró tras las vidrieras del café, originando, con su pose, una graciosa figura. Era noche de reunión y decenas de hombres fumaban y bebían mientras debatían y compartían sus trabajos. Un ambiente cargado, fervoroso, superior. Tras un rápido barrido con la mirada, sonrió para sus adentros, se pellizó las mejillas y emprendió el paso. Al abrir la puerta del Café una nube de humo pretendió engullírsela. Tosió levemente y el griterío enmudeció. De vez en cuando, ella también se entretenía con tan sofisticadas chucherías, consumiendo cigarrillos sin mucha maña, y a pesar de las amonestaciones de su meticulosa madre.

Decenas de ojos, como armas monstruosas, la encañonaron. Capturada y subyugada por incontables miradas, desconocidas. Huyó de la tensión y avanzó hacia las mesas ocupadas. Sus tacones retumbaban en un suelo desacostumbrado a recibir ese tipo de calzado.

Un hombre de largas barbas y vestido con traje de paño negro, impoluto, se levantó de la silla.

—Señora, creo que anda usted confundida.

La mujer calló aguardando el argumento que ya asomaba de los labios del mensajero.

>>No son horas ni lugar para una dama como usted.

Un frugal murmullo revoloteó entre los allí presentes, como el leve aleteo de una bandada de pájaros.

—Disculpe si he dado pie a que alguien pueda pensar que mi presencia aquí es un error.

Los asistentes abrieron sus bocas espantadas ante el atrevimiento de la intrusa.

—No la entiendo, señora.

—Me llamo Emilia, doña Emilia Pardo Bazán, es posible que hayan oído hablar de mí. He venido a conciencia, sabedora de la importancia de mi presencia en este café añoso y de gran solera, frecuentado por caballeros tan ilustres y versados como usted.

Algunos asistentes se pusieron en pie y caminaron pretendiendo abandonar el local.

Doña Emilia encontró asiento y se dispuso a rebuscar en la carpeta que cargaba. Mientras tanto, sin alzar la vista, pero sí la voz lanzó su último argumento.

>>Considero que no es necesario que nadie abandone la sala, descubro espacio para todos. Y en mi defensa añadir, que la escritura es la sana gimnasia de la mente y del alma, dicho sea de paso y, sostenido por capacitados doctores, el ejercicio beneficia por igual sin diferencias de género.

La indignación se tejió a modo de griterío en un espacio atestado.

—Deberá usted entender que aquí se tratan asuntos de los que lamentablemente una mujer no puede ni debe participar. Su condición de dama no la habilita al entendimiento y mucho menos al discernimiento en ciertas materias. ¡Resultaría indecente!

Una mueca de suficiencia perfiló los labios de doña Emilia.

—Sin tan seguros estuvieran ustedes de semejante dislate, no se habrían alborotado con mi presencia. Tampoco hubiera sido menester detener sus elaborados razonamientos por la llegada de un ser tan poco sustancial como tilda usted a una servidora.

El desconcierto desencajó la expresión del hablante. Carraspeó y regresó a la silla que ocupaba momentos antes.

—Caballeros, continuemos con la materia que dejamos a medias. Sean amables y tomen asiento, por favor. Rematemos, de una vez, lo que tanto ensimismamiento y reflexión provocó minutos antes. No es cuestión esta para abandonar nuestra satisfacción y compromiso.

Se retomaron los turnos, las palabras. El mesero salió de su refugio, con extraña expresión, y sirvió diversos licores.

Doña Emilia observaba, escuchaba y se complacía de poder presenciar tan interesante debate.

Organizó concienzudamente el contenido de su carpeta y, al tiempo, reclamó su turno de palabra. El desprecio se perfiló en los labios recelosos de los hombres. Con visible sorna le cedieron la vez.

—Señores, la intención de mi viaje, a esta ciudad y a este Café, no ha sido otra que la de gozar del buen hacer de los aquí presentes y ofrecerles ciertas apreciaciones que considero de suma importancia. Algunas novedades, y otras máximas que no se deben perder.

Las risas sarcásticas quisieron interrumpir el discurso. Alguien reclamó silencio.

>>Pero a la vista está que ustedes, caballeros, desconfían de mi capacidad por el mero hecho de mi condición de mujer. Sobrante es lo que a continuación pasó a explicar, pero hay ciertas mulleras, como cortezas secas, que no permiten el paso del progreso y la lógica igualdad. Atiendan pues. Engendré y concebí a base de dolor tres criaturas que hoy corretean y gozan de espléndida salud y formación y, mientras los amamantaba con sumo deleite, ocupaba mi mano y mi pensamiento en la creación de profundas historias que tan bien acogidas han sido en según qué círculos. He viajado incontables ocasiones a ciudades y países con excelente encanto y un avance cultural impensable si no se es testigo. Y ahora, ustedes no creen que mis palabras posean valor alguno porque entre mis piernas no habita la masculinidad que tanto poder parece concederles a ustedes y a sus seseras.

El silencio aplastó la escena, imperioso.

Doña Emilia se atusó la melena, agarró un vaso lleno de vodka que encontró a mano (una usurpación en toda regla), y de un trago lo vació.

>>Ahora, si me permiten, paso a desarrollar mi trabajo.

Porque la valentía y la sabiduría ocupó, ocupa y ocupará las cabezas de innumerables mujeres. Grandes legados paladeamos hoy, consecuencia del esfuerzo y tesón a pesar de las dificultades. Nos sobran los motivos.



QUÉ MÁS QUISIERAN ELLOS. Manuel Laespada Vizcaino

Hay momentos en la vida que se nos quedan marcados como hierro fundido. Con cincuenta años cumplidos, sigo estremeciéndome al recordar el día que me robaron de cuajo la infancia; mis juguetes y aquellos indios y vaqueros de colores que guardaba en un tambor de detergente se fundieron en una niebla de la que nunca retornarían. Todavía me estremezco recordando aquel fatídico día.

Recién cumplidos los siete años me sentaste en tus rodillas, con una voz rota, dijiste que padre no estaría nunca más con nosotros. Me miraste con esos ojos de no me preguntes, argumentaste que los padres cuando se hacen muy mayores nos dejan y se llevan como equipaje nuestro recuerdo. ¿Por qué?, ¿ya no nos quieren?, esgrimí compungido. Tu padre seguirá jugando contigo desde el cielo, sentenciaste con una fragilidad que me recordó la huida desesperada de las palomas cuando atinaba en sus cuerpos con esos tirachinas que padre rescataba de las ramas que traía para alimentar la chimenea. ¿Y

quién me hará ahora los tirachinas?, ¿quién montará las trampas de redes bajo los olivos donde acudían a beber, engañados, los gorriones?

Tras la cruel noticia nos reclinamos una semana en una casa en penumbra donde las visitas se repetían y aunque me obligabas a que fuera a mi habitación apenas las visitas me regalaban una caricia limosnada, seguía las conversaciones pegando el oído a una puerta celestina entreabierta; así supe que mi padre fue buen hombre y marido, que la vida había sido injusta con él y culpaban, por partes iguales de su marcha, a un galgo que tras la temporada de caza vagabundeaba por esa carretera comarcal por la que padre regresaba del campo en su vieja Rieju y al dueño del can -asesino cainita por partida doble- que lo abandonó. Después, el tiempo, cruel y soez tal que algunos piropos de andamio, hizo languidecer al pasado. Hoy, cuando uno siente los arañazos del espanto viendo las viejas fotografías, me atrevo, madre, a confesarte esas cosas que unas veces el pudor o el miedo a desnudar sentimientos, no te confesé y aunque tarde ya (las cosas importantes las demoramos por temor o cobardía), seguro que te gustará escuchar.

Me estremezco al recordar los esfuerzos que hiciste para llenar el hueco que dejara padre y aprendí a valorar cómo se pueden, por amor, superar las zancadillas de la vida.

¿Sabes, madre?, me llega ahora tu sonrisa cuando escuchabas a gentes tan requetebién leídas –así las llamabas- predicando por la igualdad entre hombres y mujeres. ¡Qué más quisieran ellos!, decías, rotunda. No saben esas gentes tan requetebién leídas –tomo tu palabreja prestada- (lo digo ahora curtido por los coscorriones que nos da la vida) que tú y tantas como tú, nos enseñaron que las barreras eran una excusa de perdedores que medían sus “valores” en lides vocingleras de tabernas. Dudo que padre -no te ofendas- hubiera sacado adelante a una familia con tres hijos (yo era el mayor); ahora te lo puedo decir sin que pongas esa cara de tristeza, fuiste madre y padre a la vez. La vida en esos años de estrecheces no era fácil, soñábamos con una existencia mejor siguiendo las novelas radiofónicas interminables, tu única distracción. Decías que no perdiéramos el tiempo con esos folletines embusteros y afirmabas que no cambiarías tu vida en el campo por la felicidad hueca de esos farsantes acharolados de ciudad.

Al levantarnos ya habías preparado los pucheros para la comida, remendado los pantalones que esperaban a los pies de nuestras

camas *requetepunchados*, ordenado nuestros plumieres, afilado los Alpinos de colores y preparado un bocadillo para el recreo. Después marchabas a fregar los suelos del cuartel de la guardia civil. La mesa siempre estaba dispuesta y la comida, sabrosísima, humeante, nos esperaba; escuchabas, como si en eso te fuera la vida, nuestras chacharas. Impartías consejos con el mismo tiento que repartías el pan escaso y nos enseñaste que todas las manos son igual de útiles y, que acaso la edad, que no el sexo, era la única barrera para las labores del hogar. En ese equipo que formábamos al cincuenta por ciento entre –como decías- *chicos y chicas*, las labores se repartían y así, mientras mi hermana, doce meses menor que yo, alimentaba a los animales del corral; yo, igual te ayudaba a dar la vuelta y a mullir los colchones de borra que a zurcir alguna de las patatas que avalaban nuestras estrecheces y que florecían en nuestros, cada vez más roídos, calcetines.

¡Claro que nunca fuiste igual que los hombres!, ¡qué más quisieran ellos! Por las noches, con esa gramática parda tuya, repasabas nuestras caligrafías y aún tenías ánimos para pedirnos que te enseñáramos lo que aprendíamos en la escuela, ¿recuerdas cuando te empeñaste que te enseñara a resolver raíces cuadradas? Cuando te decíamos que descansaras, te acariciabas la barbilla, pinzabas tu nariz con el pulgar y el índice y sentenciabas “noestálacosapalanzarcohetes”, así, de corrido. No sé si cuando nos dejabas dormidos te quedaba aliento para hablar con padre o para rezar...

La vida y los años nos han igualado, madre, y ahora, cuando los recuerdos se agolpan humedecidos por estas lágrimas de despedida, quiero que cuando te reúnas definitivamente con padre le entregues estas letras deslavazadas, sin duda tardías, que he dejado dentro del sobre que querías que te acompañara en tu último trayecto con la fotografía familiar. Son palabras de gratitud que han brotado como alfarera de luz desde este corazón quebrado tras tu marcha. Llévase las. Te espera.

SUEÑOS DE PAPEL. Ángel Silvelo Gabriel

Fui joven y me enamoré. En aquellos días me tropecé con esta frase en uno de los libros que leí: «Quien salva una sola vida, es como si hubiese salvado el mundo». Y quise salvar el mundo. Sin embargo, aun tardé un tiempo en darme cuenta de que una vida es igual a todo el mundo. Una vida que soñé bañada con palabras. Palabras que contenía ese mundo que quería salvar. Palabras escondidas en el día a día. Palabras que busqué en los libros. Libros que, hasta ahora, me habían enseñado un trágico final en la búsqueda de la libertad por parte de sus protagonistas: las mujeres.

Fui joven e ingenua. Joven e ingenua hasta que leí esta frase en boca de una mujer: «No seas ingenua. Todos los hombres del mundo quieren lo mismo: una blanca para casarse, una negra para la cocina y una mulata para la cama». Entonces, tenía catorce años. Entonces, decidí que allí no tenía futuro. «He de emigrar./ No sé si para bien, no sé si para mal». A partir de ese día decidí no volver a abrir aquel libro perdido que encontré en la biblioteca de mi pueblo, allá en Dominica.

Fui joven y devoré muchos libros. La literatura fue la única terapia que tuve entre mis manos para poder salvarme y, al principio, la hallé de la mano de Jean Rhys. Cuando leía sus novelas soñaba que algún día sería igual que ella, una mujer que escribía sobre mujeres que se veían obligadas a desplazarse del lugar donde nacieron para huir de una sociedad exenta de valores. Huir lejos para salvar el mundo. Huir, hasta que me di cuenta, de que una vida es igual a todo el mundo.

Fui joven y emigrante. Cuando llegué a Europa, sin embargo, continué con la misma sensación de vacío en mi corazón, porque éste me seguía gritando: «una blanca para casarse, una negra para la cocina y una mulata para la cama». Trágica sentencia de un mundo enfermo que no sabe mirar a las entrañas del corazón de las personas.

Fui joven y soñadora. «Alimentar el alma, es lo que en verdad importa», me decía cada vez que le veía. El alma, esa parte de mi cuerpo que él nunca supo ver ni tocar, pero que me moldea la vida de una forma caprichosa igual que el viento lo hace con las rocas a las que esculpe con sus invisibles manos. Manos invisibles que tallan mis sueños de papel. Los auténticos culpables de que cada

día necesitara mentirme. Mentirme para traspasar la delgada línea que en mi vida separaba lo real de lo ficticio.

Fui joven y tuve miedo. Como me ocurría tantas veces en mis sueños, cuando sentía un vértigo nauseabundo que se apoderaba de mi cuerpo mientras me veía cayendo por un precipicio que no tenía fin. Mientras descendía por mi onírico precipicio seguía buscando argumentos para dejar de caer, pero la verdad fue que no encontré ninguno. Hasta que una nueva voz, que se había instalado dentro de mí, me dijo: «Amar implica mentir, mentirse a una misma.»

Fui joven y leía para olvidar. Esa fue la única manera que encontré para transformar en reales mis sueños de papel. Cuando leí la frase de Eric Fromm: «Quien salva una sola vida, es como si hubiese salvado a todo el mundo, quien destruye una sola vida, es como si hubiese destruido a todo el mundo.» intuí lo equivocada que estaba. ¿Por qué siempre buscaba en el lugar inadecuado?

Fui joven e inocente. Hasta que un día le pregunté: «¿Qué es para ti amar a una mujer negra como yo? Y él obvió que, la verdadera razón que yo buscaba para que él me amara, era que fuese capaz de salvarme. No era tan difícil, sólo había que anhelar que el tiempo se detuviera un instante, que las olas nos acariciaran sin mojarnos o lograr que los latidos de mi corazón sintieran que el color de mi piel no era un signo de rechazo para él.

Dejé de ser joven. Un día comprendí que lo de él si era una tara, y lo mío no pasaba de ser una mera anécdota. Por muchas veces que lo pensase, él nunca se acostumbraría a aceptar la forma en la que los demás me miraban. Ellos, y no yo, le hacían creer que se había equivocado.

Dejé de ser joven y romántica. En aquellos días, la sombra de Jean Rhys y del personaje de la primera esposa del señor Rochester en *Ancho mar de los Sargazos*, se proyectaban sobre mí de una forma amenazante. Yo no quería acabar aislada como ella en una sociedad del tipo victoriana dominada por la desigualdad.

Dejé de ser joven y accesible para determinados hombres. Preferí huir a un lugar que, en mi subconsciente, era lo más parecido a una playa solitaria donde ni tan siquiera batían las olas. Isla, huida

y caída se agolpaban en mi mente como martillazos que aplastaban mis pensamientos sin que pudiera hacer nada para desecharlos.

Dejé de ser joven e idealista. Un día me dije: «Aquí no tengo futuro: he de emigrar». Emigrar lejos del mundo de los otros. De aquellos que no entienden el valor de la igualdad. ¿Qué hago yo a su lado si no me da miedo la soledad? La culpa de esa angustia, sin duda, la tenían Charlotte Brontë y su novela, *Jane Eyre*. «No me da miedo la soledad», confesaba Jane Eyre, y cuando lo recordé mi mente se trasladó por una senda donde el amor se interpretaba sólo a través de la libertad y la pureza. Una libertad y una pureza que no entendían de discriminaciones basadas en el color de la piel.

Maduré y me acepté. Lejos de ese eco romántico del siglo XIX sabía que leer era poder escapar..., huir. Huir lejos de ese amor contaminado de prejuicios raciales. Huir lejos de él y de esa sociedad enferma en la que fui depositada igual que si fuese una niña sin otra identidad que el color de mi piel. ¿Por qué vine a Europa?, ¿con qué falsa esperanza teñí a mis sueños? Sueños de papel.

Maduré y dejé de esperar a que alguien viniera a rescatarme. Desde aquel día sentí que todo era distinto, como si algo se hubiese roto dentro, en mi interior. Como si en mis entrañas, de pronto, naciera un río por el que navegar a través de nuevas experiencias.

Maduré y seguí leyendo. «La literatura me ha salvado la vida, a pesar de todo», me dije, mientras intentaba darme fuerzas acariciando los lomos de los libros que descansaban sobre las estanterías de la biblioteca a la que iba con asiduidad. Mudo espectáculo de singular belleza que, a cada paso que daba, me reconfortaba como si le hubiesen conectado una bombona de oxígeno a mis pulmones. Dejaba vagar mi mirada sobre todos ellos sin fijar mi atención en sus nombres, pues quería que, como si formaran parte de un cuadro impresionista, las diferentes tonalidades de sus cantos provocasen en mí esa extraña sensación que muy de vez en cuando me sobrecogía cuando disfrutaba con la contemplación de una obra de arte.

Maduré y me salvé. Comprendí que esa belleza no necesitaba de ningún por qué, como yo tampoco necesité, desde ese día, reivindicar en más ocasiones el porqué de mis íntimas necesidades.

Al final encontré aquello que buscaba. Allí, donde los *sueños de papel* se convirtieron en una nueva vida con una leyenda literaria distinta; una leyenda alejada de la palabra tragedia. Una nueva vida asociada a la palabra libertad. Allí, donde por fin comprendí que: «Quien salva una sola vida, es como si hubiese salvado a todo el mundo...», aunque sea la propia.



ESBOZO DE DISCURSO. Esteban Torres Sagras

Que te llames Samara, o solo por haber nacido en pleno siglo XXI, no te da derecho a creerte más moderna que nadie, más abierta de miras, más escrupulosa con las actitudes o los ejemplos contrarios a una mentalidad social o humanitaria, llamémosla progresista, en el sentido más favorable del término. Más luchadora y partidaria por y de la equiparación en cualquier ámbito entre hombres y mujeres.

Precisamente el tuyo es un nombre antiguo y hermoso con sabor a estuco, a hierbabuena, a arrayán, a escorrentía. Nadie ha nacido con un gen de la igualdad más identificable que nosotras, las

hijas de la frontera sur de esa idealidad que llamamos Occidente, ni con más escrúpulos a la hora de velar por su dictado con vehemencia.

No le digas nunca a mujeres como yo que tenemos prejuicios, que miramos por encima del hombro a otras etnias, a otras culturas, a otros presupuestos religiosos, al otro género, a otras apetencias, a la gente que piensa distinto; porque somos herederas de una tradición milenaria que nos reviste cada célula con un barniz indeleble de tolerancia y empatía que ha ido perfeccionándose a través de los siglos, a través de muchas clases distintas de convivencia, de soportar rifirrafes entre las cicatrices de varias formas de ver el mundo; porque cada átomo de nuestro ser ha sido bañado con la pátina eterna del respeto y desde antiguo su cáscara nos sirve como horma y llevamos a gala su blasón como un tatuaje de luz en el alma.

En nuestras venas se abrazan gotas de sangre venidas de los confines de África -con su sabor exótico y su dulzor de dátiles, sus posos de arena rubia molida y sus rayos de sol dramático tras más de ochocientos años de amalgamar nuestras entrañas- con plasma superviviente de las hijas de David y su tradición errante, sufridora, en busca siempre de una patria en la que enraizar su descendencia: judías fuertes y tenaces en la empresa de perpetuar su simiente que encontraron aquí su barbecho más feraz y sonrieron tras poder dar descanso a su hégira, y que cuando fueron injustamente expulsadas enterraron sus mejores semillas en nosotras. Y también hay en el abrazo vascular glóbulos rojos de poderosas damas castellanas que ofrecieron su vida, y la de sus hijos, y la de sus esposos, por extender el nombre de una fe auténtica y exigente, y albergaron en su corazón toda la bondad cristiana que aprendieron en sus sagas, inquebrantables en el deseo de servir a Dios y a sus congéneres mediante su entrega sin límite.

A veces la boca se nos llena de vocablos rimbombantes y se descuelgan de ella frases sacadas de contexto que se aprenden en los medios de comunicación muy fácilmente, en las redes sociales, en algunos artículos de mediocres periodistas que optan por la demagogia como brújula de sus palabras, en círculos de amistades perniciosos; pero el devenir es el que marca siempre el cauce de cada río, de cada integridad, de cada demostración, ya lo descubrirás con el tiempo, hija mía, y yo me encargaré de anticipártelo para que no te coja por sorpresa la tozuda realidad.

Sabemos estar del lado de la amiga y arrancarle lágrimas -si es menester que se las arranquen- antes de consentir que destruya su futuro con una decisión inmadura o precipitada, por un arrebatado de amor o de celos, por una picadura de odio o de venganza. Siempre nos encontrarán como adalides de la comprensión y del cariño, en la primera fila de las trincheras contra la injusticia, capitaneando las tropas que combaten el prejuicio y la maledicencia. Pero que no nos busquen para justificar la mentira, la xenofobia, el dolor, la conjura o el desprecio, ni por supuesto la violencia y la degradación, el abuso o el ninguneo por ser mujeres.

En nuestra alma hay botes salvavidas para las que midieron mal sus posibilidades y cayeron por la borda del día a día sin darse cuenta, refugios con provisiones para las solitarias que se pierden en indecisiones o en utopías y quieren ver lo que no existe, y se confunden totalmente al listar sus prioridades, y atribuyen intenciones aviesas a quienes pretenden auparse sobre las ramas del bosque para ver el bosque. Todo bajo la supervisión de Dios: de Cristo, de Alá, de Yavé, que está siempre a nuestro lado y con las que más nos importan y nos necesitan.

Tu propio nombre, Samara, significa “la protegida de Dios” y tiene posos árabes que se deshacen en el paladar al pronunciarlo como un vaso de leche tibia con canela. El mío, Esther, tiene reminiscencias semíticas, está mezclado con el dolor y la esperanza, con la lucha sin cuartel y con la resignación, pero también con el alumbramiento de un sitio mejor para nuestra descendencia. El de tu padre, Santiago, es santo y seña de la tradición cristiana. En nuestra propia familia confluyen y se enriquecen las tres culturas principales de nuestra civilización, como te dije antes. Toledo, Granada, Córdoba... tantos lugares fundidos donde se alean distintas maneras de concebir la existencia pacíficamente, con tolerancia, con vestigios de entendimiento y solidaridad, pero siempre con el rigor del que rema en pos de que no se discrimine a nadie por ningún concepto.

Yo no te he preguntado ni el color de su pensamiento, ni el de sus ojos, ni el de su piel, ni el de sus entrañas, ni el de sus intenciones. No te he interrogado por sus padres, sus riquezas, su genealogía o sus dogmas. No te equivoques conmigo. Ni me considero retrógrada, ni cerrada de mente, ni obsoleta, ni de otro siglo. Jamás te he prohibido salir con chicos o chicas mayores que tú ni te vetaré nunca cualquier iniciativa personal, laboral o profesional, por muy disparatada que se

me antoje. Siempre estaré empujando el carro que tú escojas, pero ojo avizor por si quien elijas se propasa contigo física, o mentalmente, o de cualquier manera, montando guardia ante cualquier matiz que desentone en su trato contigo, pues nos ha costado lágrimas de sangre empoderarnos y convertir en algo útil el sacrificio de tantas y tantas de nuestro género.

Lo que confundes con dictadura, con sobreprotección o como quieras llamarlo, es simplemente el cumplimiento de mi deber como madre y como responsable de tu bienestar, porque ser mujer no significa escudarse en los tópicos y aprovechar coyunturas de discriminación positiva.

No me mires así, mi pequeña, con esos ojos morunos que parecen dos gotas de chocolate y apenas caben en sus órbitas. Ya sé que todavía no me entiendes, ni tiene mucho sentido este discurso, este esbozo de declaración de intenciones cuando tan sólo tienes cuatro añitos, mi niña. Se trata de un ensayo vital que iré repitiendo y perfeccionando cada día hasta que considere que ha llegado el momento de inculcártelo porque pienses que has encontrado al amor de tu vida y antes que su influencia te arruine el porvenir con sus caprichos adolescentes; o porque decidas que ya sabes lo suficiente del mundo, de su ciencia, de su funcionamiento, de las bellas artes, y quieras dejar los estudios para cobrar un mísero subsidio que supones que te liberará en lugar de esclavizarte; o te sientas atraída por una corriente de vicios que minan los cimientos de las jóvenes crédulas, como tú, y opines que no hay nada mejor que dejarse flotar sobre sus aguas a la deriva. Pero descuida, que cuando maduras de verdad, cuando alcances el nivel de sazón que te corresponde, ni tu padre ni yo juzgaremos lo que elijas, a quién elijas, cómo lo elijas... y has de saber que nos tendrás siempre a tu popa, soplando incansables las velas de tu libertad.

EL FUTURO YA NOS ALCANZÓ. David Herrero Sánchez

A mediados del Siglo XXI, la humanidad se encontraba sumida en una gran crisis energética, a la cual se le habían aplicado muchas propuestas, pero pocas soluciones eficaces.

La demanda de energía era cada vez mayor, pero los combustibles fósiles empezaban a escasear y las energías renovables, a pesar del gran desarrollo que habían experimentado a lo largo de las décadas, no podían hacer frente a la abrumadora necesidad de energía de una humanidad, que si bien es cierto, había frenado su crecimiento demográfico, seguía demandando fuentes de energía abundantes y de bajo coste de manera ingente. Disminuyendo en la medida de lo posible la inmensa contaminación que envolvía a la Tierra, que llegaba incluso a afectar a otros planetas, a pesar de su lejanía. Siendo esto último un motivo de gran controversia entre los expertos y el común de los mortales, llegando al extremo de tener que tipificar como delito penal el negar la contaminación y su subsiguiente cambio climático que se provocaban a otros planetas. Las personas que negaban dicho cambio planetario eran condenadas por la sociedad con la cancelación y el ostracismo.

La Unión Europea barajó la posibilidad de empezar un programa piloto en la región española de Castilla y León, solo en una de las comunidades de vecinos de dicha área geográfica. Dentro de la cual, se buscó una muy en concreto, que tuviera unas características especiales de sostenibilidad y eficiencia energética.

Tras varios meses de investigación, se encontró una comunidad de vecinas idónea para este propósito. Dicha comunidad se encontraba en un edificio diseñado y construido con las más altas cotas de aprovechamiento energético y habitada por un concienciado grupo de personas, que sin duda aceptaron la posibilidad de participar en el programa piloto europeo. Eran un grupo de catorce mujeres dispuestas a colaborar con la eficiencia energética y la sostenibilidad. Sus nombres eran María, Yolanda, Teresa, María Jesús, Margarita, Pilar, Isabel, Carolina, Raquel, Reyes, Alegría, Diana, Irene e Iona.

Lo interesante del proyecto era que todas estas mujeres pertenecían a distintos ámbitos profesionales, todos ellos intelectuales, en una sociedad que ya había dejado atrás viejos estereotipos de género. Por ejemplo, Irene nació como Fernando, pero ahora era una mujer de pleno derecho, sin ningún tipo de condena social. Una sociedad que había sido desconstruida años atrás para crear un nuevo mundo más justo y equitativo para lograr el tan ansiado desarrollo sostenible.

Técnicos especializados instalaron un sofisticado sistema de creación de energía de alta tecnología, que no solo proporcionaba electricidad en un entorno resiliente, sino que también fomentaba el ejercicio y la vida sana entre las vecinas de aquel bloque de apartamentos que tenían un fuerte problema de sedentarismo, y que además, funcionaba como instrumento simbólico de empoderamiento energético para las mujeres implicadas en este proyecto.

El generador de energía consistía en un habitáculo de grandes dimensiones, en cuyo interior se encontraban varias filas de bancos corridos, flanqueados por una especie de pértigas de titanio cuya rotación de delante hacia atrás movía unas dinamos cuya electricidad era almacenada en unas baterías de última generación de la empresa sudafricana Nikola, que dejaban obsoletas las baterías de principios del Siglo XXI que no podían almacenar correctamente la electricidad generada y que eran muy volátiles.

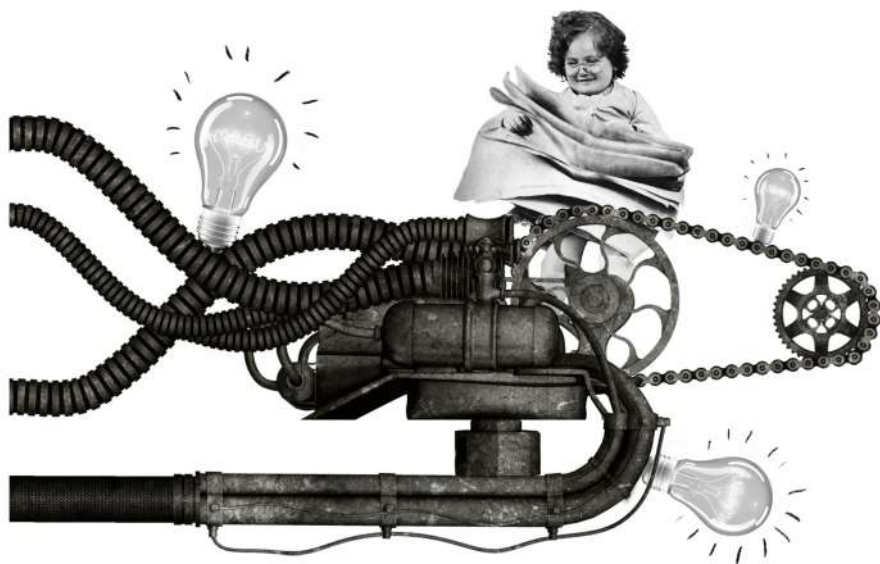
La utilización del mecanismo era simple. Todas las vecinas del inmueble debían dirigirse a las zonas comunes del edificio en ropa deportiva y entrar en el habitáculo de generación de energía. Tras aposentarse en los bancos, debían blandir las pértigas de titanio y durante tres horas al día mover las pértigas haciendo un movimiento giratorio de delante hacia atrás. Naturalmente debían ser movimientos acompasados y manteniendo el ritmo. Por tal motivo, el ingeniero jefe del proyecto y presidente de facto de la comunidad de vecinas, de nombre Antonio, debía estar presente durante la generación para dirigir la maniobra, ya que además tenía formación deportiva. Era monitor de baloncesto.

La mejor manera de generar la energía motriz era mediante la percusión constante y regular de dos grandes tambores, mediante dos baquetas también de grandes dimensiones. De esta manera se solucionaba otro problema importante en la sociedad de aquel momento, que no era otro que el de la obesidad.

Delante de los bancos corridos había una pantalla digital en la que se proyectaba un círculo de diecisiete colores que giraba sin parar a dos mil treinta revoluciones por minuto. Cada color se iluminaba más intensamente y la rueda se paraba, oyéndose un fuerte pitido, cuando se conseguían los objetivos de obtención de energía necesarios para hacer funcionar el motor de un purificador de agua (color azul), la iluminación común del edificio (color amarillo), la individual de cada piso (color rosa), las calderas de la calefacción y el agua caliente (color rojo), el invernadero de un huerto propio de la comunidad (color verde), un criadero de insectos comestibles (color violeta), etc., incluyendo el trasvase de energía a otros edificios de iguales características, complejos industriales o a subestaciones de carga de coches eléctricos (color marrón).

A veces ocurría que alguna miembro de la comunidad no acudía al generador a primera hora de la mañana, o llegaba tarde. Para eso se diseñó una cartilla digital de consumo energético, que era un chip individual e intransferible implantado en la frente de cada vecina, que las dotaba de un cupo energético. Si una persona no generaba la suficiente carga, tenía limitado su posterior consumo. De esta manera se aseguraba la igualdad de derechos y deberes en la comunidad de propietarios, a imagen y semejanza de los derechos y deberes de los ciudadanos en el resto del país, priorizando el bien común sobre los derechos individuales.

El anteriormente comentado chip de la cartilla digital de consumo energético también provocó el interés del mundo financiero, ya que podía usarse como moneda de pago, la cual recibió el nombre de global energetic coin, o como fue llamada en Hispanoamérica, el *globalín*.



MONSTRUOS. Libertad Blanco Velasco

A tus tres años, hablas de un monstruo que vive bajo nuestra cama. Sin saber que hasta hace nada, uno dormía sobre ella, y tan cerca que se sentía su aliento.

Otras veces, me hablas de monstruos que andan por la casa, pero me dices que son buenos, que no dan miedo. No como el monstruo etílico, que entre gruñidos profería insultos, a veces ininteligibles, durante noches interminables.

Mi vientre albergaba el milagro de la vida. Mi felicidad se ve empañada. Mientras, permanezco incrédula ante un monstruo que se crece día a día. Paralizada, incapaz de romper la gruesa cadena que me retenía.

Y al fin, un día soleado de Junio, llegaste tú. ¡Mi primavera tardía! Al pasar los meses tu risa todo lo inunda. Tu risa, la que me mueve y mantiene viva. Y en esta inercia sin sentido, el monstruo emerge entre las sombras, llena su estómago con todo lo que puede robar al amor. Tiene muchos disfraces, monstruo engañoso, genio del

camuflaje. Alimaña escondida que siempre acecha cuando el sol se pone.

Todos los días me asaltan las noticias. Todos los meses me sacuden casos reales de monstruos que acaban con vidas.

Pero un día desperté.

No me hizo falta pensarlo. No estaba calculado ni premeditado. Ya nada me ataba. Cuatro cosas en una maleta, y de la otra mano sujetaba firme la tuya. Apenas comenzabas a andar.

Necio él, me intenta detener. Sin saber que es Amor lo que me mueve, ni el más fuerte lo podría contener. Un golpe seco en la sien, un dedo que se retuerce hasta crujir y romper. No hay dolor, de verdad, no hay dolor más grande que tu llanto al descubrir, entre asombro y miedo, al monstruo que es tu padre. Consigo encerrarme contigo en el ascensor, se acelera mi corazón, llegamos al piso bajo, de lejos nos llegan sonidos guturales. Alcanzo la puerta de salida, la abro, salimos a la calle y está nublado.

Pero ese día, a nosotras, un sol nos caló bien hondo.

Verano de 2022. Un año y medio después...

La luz impacta a través de las ventanas, en nuestras mañanas detenidas de amor, soles y caricias.

Despertares que se perpetúan sin querer, y sin querer dan paso al amanecer tardío de este anhelado estío.

Mi soledad acompañada. Incursiones tempranas en los Jesuitas cuando solo se escucha a la paloma, el grajo y el gorrión. Tú los persigues hasta que alzan el vuelo. Y mientras yo, persigo otros vuelos.

Este pequeño instante en la eternidad y después de vuelta a la realidad. Pero siempre tu risa, de vuelta tu risa. Como una constante y a la vez tan nueva, como si fuera la primera.

Días sofocantes, baños interminables, tu primera vez con manguitos, tu primera vez saltando con dos pies.

Vuela la imaginación, dices que los monstruos de nuestra casa son peludos y adorables, de todos los colores.

Ahora, amo a los monstruos que habitan nuestro hogar.

A mi primavera tardía.

RESGUARDO. Jorge Saiz Mingo

Dice doña Teresa que Alicia cantaba entre los vagones del metro y multiplicaba versos pueriles contra el eco de los bostezos, con el frenesí de la muchedumbre encaminándose hacia las trochas del destino. Luego pasaba la escudilla con gesto de cordera degollada y, si la suerte le sonreía, acaparaba el estímulo de unas cuantas perras. Entretanto el cojo eructaba parsimonioso en el sitio habitual y cosechaba sin resistencia las dádivas de los mendigos que trabajaban para él, con el pedigrí de la fama de jefe cruel tensando el tirabeque de la sumisión hasta límites insospechados. Alicia le entregaba el dinero con mansedumbre de lebrato y observaba cómo el otro lo recontaba con avidez de guarduño. La orden expelida por los dientes podridos del recaudador mellaba la densidad de la atmósfera, quítate los zapatos, y dos monedas, achicadas bajo la suciedad del talón, adornaban las amenazas de costillas partidas mediante el óbolo de tres bofetones de órdago. La contención del enojo afloraba en el mentón de Alicia, apretando el destornillador en el bolsillo, mientras la calcomanía del porvenir deambulaba repleta de espejismos tremebundos. Al final estaba sin blanca y el hambre, entre el barullo de la nada y el veneno de los labios, gusaneaba feroz por los vericuetos del estómago. En una papelería encontraba un perrito caliente mordisqueado y, agigantada por el fuelle de la miseria, se lo llevaba a la boca. Masticaba y exprimía el jugo del resto de la salchicha con la indefensión por estandarte, soñando con el regazo materno, con ablandar la conciencia del padre y con el grito agudo que todavía permanecía tatuado en el lienzo de su mente, lárgate de esta casa y no vuelvas nunca. Agotada por la fusta de la indignancia, se recostaba en un lecho de cartones junto a las vías y se encogía ingenua como un embrión de mamífera. A su lado un dúo de muchachos enemigos, con una bolsa de pegamento en las nupias, se disponían a rezar al ídolo particular del delirio y trataban de golpearla, en medio de una lucha atroz, con la intención de arrancarle el pantalón, violarla y de paso rajarle la cara. Por fortuna, los esclavos de la condescendencia se aliaban con Alicia y de una esquina surgía un compañero de fatigas que, grande como una estatua de alabastro, echaba a los agresores sin miramientos. El clan perdedor culebreaba hacia la estupefacción de la penumbra y se desplazaba a la cordillera remota de los aseos, al territorio de los sarasas aviejados y del esperma mezclado con la renuencia de los esputos. En ese instante la calma del subterráneo se apaciguaba y el

orden natural de las cosas se restauraba momentáneamente en el vaivén de los silencios abotagados.

¡Qué bueno verte, Alicia! y los besos de las mejillas estrechaban la sinceridad del afecto, el bocadillo de mortadela dividido en dos, la complicidad de las migas tácita.

Dice doña Teresa que los dos amigos se narraban a la pata llana los avatares de fatalidades compartidas, entre tundas policiales y mañas delincuentes, amparados por el cansancio de la penuria perpetua. Antes del alivio del sueño, mataban el tedio con la triquiñuela de un porro y la ilusión se aposentaba perecedera en el trono de la camaradería. Entonces divisaban a una cría balanceando el columpio de las curvas incipientes por la mugre de los andenes. Anadeaba descarada ante el oprobio de la adversidad, con la largura de las piernas majestuosa y la promesa de las trenzas colegiales lujuriosa. Se izaba la falda con agilidad de gamuza y mostraba los muslos morenos a un rebaño de cabestros que, a pocos metros de su pedestal de ninfa, escudriñaban extasiados la oferta de la carne. Un homúnculo con pinta de cerdo bien alimentado se acercaba y pactaba el precio del servicio en un pispás de relámpago. Al cabo, enloquecido por el acicate de la ternura subyugada, el orgasmo se consumaba en un rincón desangelado detrás de las columnas. Después los carrillos femeninos se hinchaban antes de escupir la rabia y, con el asco abandonado en la cuna, guardaban la recompensa ínfima en la cremallera del monedero hasta que el dinero se hundía en la talega del rengo. Por suerte, en ese momento, la muleta del rufián se arrastraba por las escaleras mecánicas en dirección a una juerga nocherniega en el exterior y Alicia, tras despedirse del colega, se aproximaba a la chiquilla con un ápice de excitación en las tripas. Dejaba escapar un hola melifluo, saturado de candor fermentado, mientras que la otra, altiva, ensortijada de bisuterías, afilaba la barbilla con el ánimo de atribuirse celebridad vana, *me llamo Lupe*. Eran dos niñas desnortadas, empotradas en el catálogo de las bagatelas, naufragadas en el abismo de la puericia. Endulzaban los aires con el virtuosismo de la desenvoltura, pulían el apego con la lija inexorable de los adultos y hablaban con la prisa encastrada en la nuca, como si algún ogro voraz espicara la veleidad inocente del diálogo. La jornadaapestaba con las exigencias de la cotidianeidad y ellas se abrazaban, aleladas, asemejadas a dos ardillas sin pinos por los que corretear, tratando de olvidar las desdichas con una lata de refresco tibio. Dice doña Teresa que al día siguiente, bajo un rimero

de cobijas cochambrosas, Alicia se despertaba sola, con el cerebro amarrado a un nudo de nostalgias, y distinguía a los primeros obreros que abordaban el tren para currar en los polígonos de los suburbios. Erguía la voz pizpireta entre la barahúnda del gentío y recolectaba propinas parcas, fantaseando con los chascarrillos de la nueva amiga. Luego se zampaba una empanada de plátano y acribillaba la invención de un futuro halagüeño con una turbonada de impresiones gratas. Los puñetazos del cabrón paticojo hormigueaban ausentes y en las sombras del retrete se dibujaban garabatos de felicidad momentánea por la luz acalambrada del fluorescente. Sin embargo, a un porrón de metros debajo de las aceras, la dicha es breve cuando se sobrevive a trancas y barrancas en el laberinto cavernícola de los miedos. Dos matones la estampaban sin contemplaciones contra la pared del urinario y el aviso de la sevicia retumbaba revenido, agriado con la halitosis de cien borrachos, dejándole bien claro que no se acercara más a la otra cría. Con las fosas nasales goteando, enmarañada en un batiburrillo de trompicones, Alicia lograba ponerse de pie y volvía a la frontera de la realidad, humillada, espumosa de ira, avinagrada por el monstruo de la sinrazón. Andaba por las traviesas con titubeo de trapecionista y vislumbraba a la Lupe, llorosa, descompuesta, posada en el banco desde donde se dedicaba a la caza de buchec de virilidad mantecosa. Se sentaba junto a ella y las dos, cariacontecidas, fundidas en una pompa de soledad indestructible, miraban el horizonte preñado de cuitas irresolubles mientras el macarra permanecía atento entre los pliegues de la oscuridad.

El cojo me ha pegado otra vez, y Alicia encaraba la insania del bastardo con la firmeza del destornillador, la yugular agujereada, la muleta moribunda reflejada en una sonrisa de párvula al fin victoriosa.

Dice doña Teresa que la Lupe murió de una paliza poco después, pero que ahora Alicia, desde que la trajeron al resguardo de la casa escuela, ya sabe poner la mesa, lavarse detrás de las orejas y mantener la atención en una conversación. No canta ni otea el contorno con pánico y duerme al margen de alucinaciones y chillidos turbios, en un colchón de sábanas limpias, sin extrañar el pincho oxidado que guardaba para protegerse. Costó persuadirla de que colaborase en las faenas domésticas, pero al final resultó ser una rapaza bien aplicada. Padecía achaques de tísica crónica, como casi todas las chiquillas desamparadas que entran por el portón de la

entrada, aunque enseguida se recuperó con antibióticos pautados y caldos de gallina. Nunca gimotea pero a menudo mira el cielo por la noche con ojos de astronauta, como si anhelara trepar hasta la luna y formar parte del universo. Ya se defiende con las letras y a la semana que viene comenzará con los números en el aula donde doy las clases. Dice doña Teresa que yo, cuando llegué acá a la casa escuela hace más de veinte años, era muy parecida a Alicia.



EL JOVEN ESQUIROL. Laura Vizcay Nespral

Es una tarde profundamente otoñal. Me encuentro refugiada en el salón, que parece el último resguardo luminoso en un mundo frío y gris. La lluvia golpea contra las ventanas, pero yo no la oigo, como tampoco escucho a mi abuelo cuando empieza a hablarme. Se sienta delante de mí y me sonríe, así que me veo obligada a quitarme un auricular.

—¿Escuchas música? —me pregunta.

—No, un *podcast*. Es como un programa de radio pregrabado.

—¿Radio? —repite, probablemente la única palabra que ha entendido de mi explicación—. ¿Y de qué hablan?

—De... derechos de la mujer.

Mi abuelo asiente, no muy convencido.

—Apaga esa cosa. Voy a contarte yo una historia sobre eso.

—Pero...

Él me mira con severidad por encima de sus gafas. Con un suspiro, me quito los cascos y dejo el móvil a un lado.

—Espero que no sea una historia sobre la mina.

—Es una historia sobre la mina.

—¡Abuelo!

—Te gustará, ya verás.

Yo me cruzo de brazos y le presto mi atención, a regañadientes. Mi abuelo se recuesta en el sillón, como fundiéndose con él.

—En la mina, todos los días eran parecidos: llegabas al tajo cuando todavía estaba oscuro, dejabas tus cosas en la taquilla y te enfundabas el mono azul. Había días buenos y días malos, como en todas partes. También los había muy malos, en los que se derrumbaba un túnel, y horribles, en los que se derrumbaba con algún compañero dentro. Pero no te voy a hablar de eso.

Hace una pausa. Mira en dirección a la cocina, donde mi abuela está preparando la cena. Parece asegurarse de que ella no lo está escuchando y prosigue:

—Llegó un chico nuevo, muy joven, muy menudo. Era de un pueblo lejano y nadie lo conocía. No hablaba mucho y nosotros lo dejábamos en paz. Como nunca había trabajado en una mina, pusieronlo de ayudante de artillero, que es el que ayuda a colocar los explosivos para abrir los túneles, un trabajo delicado. No tenía mucha responsabilidad, pero aun así se las arregló para pifiarla un par de veces. Peme que no se dejaba ayudar, nadie podía decirle nada porque él siempre contestaba con malas maneras. No caía bien a nadie.

»En el 62, los mineros se plantaron en Asturias, y les seguimos nosotros, los del pozo Julia de Fabero. Empezamos a trabajar a bajo rendimiento. En las vagonetas se podía leer escrito con tiza: “O nos aumentan los salarios o nos unimos a los asturianos”. En Laciana, las mujeres se plantaron para que los esquirols no entraran a trabajar. ¿Tú sabes lo que es un esquirol?

—Claro que sé lo que es un esquirol, abuelo.

—Bueno, yo pregunto, por si acaso. El guaje del que te hablé, el arisco, siguió acudiendo a trabajar cada mañana, hubiera huelga o no la hubiera. A veces solo tenía que caminar a la entrada, otras veces debía sortear a la muchedumbre que se manifestaba con gritos y pancartas. Mis compañeros empezaron a cabrearse con él. Gritábanle “chaquetero” cuando lo veían, tirábanle verduras o cosas más contundentes. Un día estábamos comiendo en el Antolín, un restaurante que nos acogía cuando la Guardia Civil cargaba contra nosotros, y mis compañeros empezaron a hablar de darle una paliza al guaje. Yo fui el único que lo defendió. He de decir que me había ganado el respeto entre los trabajadores por ser buen picador; siempre me llamaban a mí cuando la veta de carbón estaba fuera del alcance de las máquinas. Así que les quité la idea de la paliza diciéndoles que hablaría con el mozo para que apoyara la huelga, que ya se había extendido a Toreno, a Matarrosa, a las minas de hierro del Coto Wagner y el Coto Vivaldi, a Endesa y a la Minero de Ponferrada.

»Y le hablé. Le dije lo importante que era esta huelga para todos nosotros, para mejorar nuestras condiciones, no solo por los salarios sino para que nadie más muriera sepultado en un túnel. El guaje me escuchó atentamente, sin interrumpirme. Cuando acabé, miróme con unos ojos enormes y díjome simplemente: “Tengo que dar de comer a mi familia”.

Mi abuelo hace otra pausa. Yo lo observo. Es un hombre fuerte, siempre lo ha sido. Tiene silicosis crónica desde hace años, pero solo necesita oxígeno en ocasiones. Sus manos son enormes, como dos de las mías, y ásperas de picar la piedra. Cuando explica algo, tiene la costumbre de levantar ambos dedos índices, largos y nudosos, como para no perder la atención de su interlocutor. Pero ahora sigue callado, perdido en sus recuerdos.

—¿Abuelo? —le increpo, sacándole de sus ensoñaciones.

—Sí, moza. ¿Qué más contarte? ¿Cómo explicarte la vida de entonces? Si nos negábamos a trabajar, nuestra gente sufría. Pero la alternativa era aún peor. Siempre nos cuesta tanto a los que estamos por debajo, y a los de arriba les cuesta tanto entenderlo... Pero ese año lo conseguimos, en parte. Hubo mejoras salariales, revalorización de las pensiones y libertad para los detenidos. Por primera vez, un movimiento obrero le plantó cara al régimen, y ganó.

Mi abuelo tose quedamente.

—Es una buena historia —digo yo—, pero me dijiste que estaría relacionada con el feminismo.

—Y lo está, moza. Toda lucha es la misma lucha, ¿entiendes? La nuestra, la vuestra... Es la lucha de los de abajo contra los de arriba. Es la lucha más antigua de la humanidad.

Debe de captar mi mirada decepcionada, porque añade:

—Y también es la historia de una mujer. Una que se vestía como un chico para poder trabajar en la mina.

A mi abuelo le satisface ver mi cara de asombro.

—¡El esquirol! —digo, y a él le brillan los ojos.

—El esquirol. Nadie se dio cuenta. Nadie... salvo yo.

—¿Y qué hiciste?

—No hice nada. Ambos trabajamos juntos durante unos meses más, hasta que ella pudo saldar las deudas que les había dejado su padre. Después, volvió a su pueblo. Y años más tarde... fui a buscarla y me casé con ella.

Yo abro mucho los ojos. Mi abuelo sonrío, complacido. Se pone en pie y abandona el salón, riéndose por lo bajo. Yo dirijo la mirada hacia la cocina, donde mi abuela asa unas castañas que desprenden un agradable olor a hogar y a otoño.

VERBO GRITAR. Lourdes Aso Torralba

-Mamá ¿Qué hace ese señor?

-Una cosa muy fea, hija. Está gritando.

Como hacía décadas que nadie se había atrevido a levantar la voz, a la niña le sorprendía mucho.

-¿A eso se le llama gritar?

Ni siquiera tenían en su vocabulario el verbo gritar, ni el maltratar, ni el insultar. El respeto imperaba por toda norma. Lo que no quieras para ti, no debes quererlo para otros. Así, ante un llanto incontrolado, una pataleta infantil para conseguir un capricho, todo el mundo actuaba con indiferencia hasta que el niño entendía que era mucho más efectivo el diálogo, pedir las cosas por favor, regalar abrazos en vez de patadas y lanzar un piropro o una palabra bonita en vez de una mala contestación.

También los demás miraron alarmados hacia el lugar del que procedían los gritos. A la niña le pareció que ese mal genio le arrugaba mucho la cara al hombre y que ese color morado por la rabia no le favorecía nada. Recordó esas escasas veces en las que ella se había enfadado enormemente por tonterías como saborear una golosina de la tienda, la inmediatez de un trago de agua, un juguete que no quería compartir. Había llorado, sí, pero no le había servido de nada. En todo caso, había habido un enorme retraso y una gran frustración. Se había aburrido mucho porque hasta que no pedía perdón, nadie le dirigía la palabra, a la espera de que ese rato de reflexión obtuviera los frutos deseados.

Por eso alrededor del hombre se fue creando un enorme vacío, cada vez mayor. Nadie aguardaba para escucharle, ni le prestaba atención. Sus palabras morían en el aire. Los gritos rebotaban sobre sí mismo hasta confundirlo. Tardó mucho rato en darse cuenta de que por más empeño que ponía, nadie le daba la razón.

Al final le vimos sentarse cerca de una pared y golpearla con el puño hasta que le salió sangre. Debía dolerle pero no se quejaba. Parecía llorar de rabia. Aún así, ninguno nos compadecemos. Habría sido muy fácil acercarnos entonces para pasarle la mano por el hombro y reconfortarlo, pero se había saltado las normas.

Si hubiera sido un forastero le habríamos dado una oportunidad pero ese señor no era forastero. Sus gritos estaban dirigidos a otra persona a la que había provocado incomodidad, aparte de algo de miedo. Y no formaba parte de nuestra educación asustar a nadie. No lo teníamos recogido en ningún manual de buenas maneras. Y desde pequeños nos aleccionaban para la buena convivencia ciudadana.

El Consejo del pueblo se reunió de urgencia. Que yo recordara, era la primera vez que se tomaba esa medida extraordinaria. También era la primera vez que yo veía a un adulto saltarse las normas que acatábamos desde bebés. Acordaron expulsarlo. Era un castigo sumarisimo que se le leyó en voz alta y a distancia.

No tardamos en verlo marchar con las manos en los bolsillos. En su interior llevaba demasiada carga, así que no se consideraba educado obligarle a llevarse más que lo puesto. Salió sin ligereza alguna, probablemente arrepentido.

-¿No se puede hacer nada? –pregunté. Está triste.

Mamá me dijo que todavía no era de los nuestros. Que el orgullo le había cerrado la boca y sin una disculpa sincera, ninguno podíamos creer en sus buenas intenciones de enmienda.

Las palabras de mamá me dieron mucho que pensar pues no bastaban las palabras sino las obras.

Supimos que el señor de los gritos estuvo vagando de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad y de todas ellas lo expulsaban. Y así, en tierra de nadie, solo y derrotado al fin, se sentó sobre el suelo a pensar. Seguía murmurando “¿acaso no tengo la razón? ¿por qué nadie me escucha?” pero tan afónico que parecía algo más inofensivo.

Hasta el consejo del pueblo llegaron rumores sobre la enorme transformación del señor de los gritos. Estaba en un camino de nadie y muy educadamente daba los buenos días, ofrecía un trago de agua, cargaba los bultos de los mayores y daba las gracias por la compañía, sin exigir contestación alguna y con un respeto casi jamás visto.

Cuando se atrevió a regresar estaba mucho más viejo. El pelo se le había vuelto blanquecino y las arrugas dibujaban mapas sobre

su piel. Mamá dijo que ahora se había hecho sabio. Y todos aguardamos a que abriera la boca.

-Lamento mucho mi mala educación –empezó. Sí, reconozco que fui mal educado, que no tuve en cuenta las normas. Pido perdón, si es que puede perdonarme, la señora a la que grité. Perdón públicamente. Creo, aunque no lo afirmo, que no repetiré ese mal comportamiento porque he llegado a la conclusión de que las palabras bien dichas llegan mucho mejor a los oídos. Niños, recordarlo siempre. Muchas gracias por acogerme de nuevo. No sé si seré digno de vuestra compañía pero la agradeceré mucho.

En nuestro pueblo el respeto no hacía falta ganarlo, formaba parte de la cotidianidad. ¿Y si fuera yo? –solíamos decir desde pequeños. Nos habían enseñado sobre la empatía, sobre el ponernos en lugar del otro, escuchar y conformarnos con nuestro destino sin envidiar lo ajeno.

En nuestras televisiones no se hablaba de violencia de género, ni de malos tratos, ni de faltas de educación. Habíamos recuperado los valores de antaño, esos en los que los mayores eran respetados y los niños jamás lloraban por caprichos. Normas simples que el cura durante el sermón de la misa de doce corroboraba señalando alguna página de la Santa Biblia. Y si estaban escritas ¿quiénes éramos nosotros para no cumplirlas? Sobre todo porque funcionaban educadamente.



